

Un mensaje potente

En medio de estos tiempos turbulentos, confiando en que la palabra salida de la boca de Dios será prosperada en aquello para lo cual fue enviada, nos hará bien una visión fresca, renovada, del mensaje que fluye del Calvario.

Cuando un manto de duda y sombra se despliega sobre el cristianismo tradicional, una fe débil será una puerta a la desgracia y a la desazón que conducen a la apostasía. Entonces surge poderoso el evangelio del Cristo crucificado, poder y sabiduría de Dios, que enciende el corazón y nos hace disfrutar hoy de los tesoros celestiales, en contraste con el desvarío de una sociedad moralmente decadente.

Confiamos que la misma palabra que fue recibida con lágrimas de gozo y consolación, será también motivo de gozo y fortaleza para quienes la lean bajo la misma inspiración del Espíritu Santo.

El evangelio sigue siendo el anuncio potente que consigue hacer santos a los pecadores, celestiales a los terrenales, y reyes y sacerdotes a los que otrora negaban o resistían su llamado.

Si la presente edición consigue animar a los hijos de Dios en la noble tarea de dar testimonio de nuestra esperanza, este trabajo no habrá sido en vano.

EVANGELIO

El primer mensaje que la misericordia de Dios anunció a un mundo en ruinas.

Salvación

Henry Law

“Tu salvación esperé, oh Jehová” (Gén. 49:18).

¡Salvación! Bendito sea Dios, que ha hecho que esta palabra resuene en la tierra. El infierno la desconoce. La gracia de Dios la ha hecho llegar a nuestros oídos. Hay multitudes que son totalmente ajenas a ella, pero para nosotros es la música más dulce que jamás podamos oír, y que nos llena de alabanza a Dios.

¡Salvación! Las mansiones del reino celestial están pobladas con seres que llevan este nombre. Significa el gozo, la paz y la gloria de los redimidos.

¡Salvación! La pluma de Dios ha escrito este nombre. Es el decreto que ha resultado de las deliberaciones divinas. Es el fruto de la omnisciencia de Dios, y la manifestación de su omnipotencia. Todos los atributos divinos han contribuido para crear este inmenso plan que su misericordia, su sabiduría y su gracia han llevado a cabo. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

Un alto precio

¡Salvación! Para realizar esta obra, Jesús nació en Belén, vivió sobre la

tierra, murió en el Calvario, descendió al sepulcro, y, después de vencer a la muerte, ascendió al cielo para sentarse a la diestra del Padre. El Hijo de Dios tuvo que rebajarse y sufrir la vergüenza y el dolor, tuvo que beber la copa de la ira y el tormento, tuvo que luchar con las potestades de las tinieblas; y todo ello para obtener nuestra salvación. Pero ahora él reina en las alturas, e intercede por nosotros.

El Espíritu Santo ha venido al mundo y llama al corazón del pecador para que se beneficie de esta obra; y para ello asalta la fortaleza del amor propio, revela la gravedad del pecado, y lucha con la ignorancia y las excusas vanas. El Espíritu no cesa hasta que los brazos rebeldes del pecador se rinden, y su alma acude contrita a la cruz para recibir el perdón de Jesús.

¡Salvación! Éste es el primer mensaje que la misericordia de Dios anunció a un mundo en ruinas. Éste es el cumplimiento de toda profecía, el propósito de todo mandamiento y la belleza de cada promesa. En la salva-

ción hallamos el significado de los ritos y los sacrificios. Es también la consumación de la fe, y la luz de nuestra esperanza.

¡Salvación! Los que no gozan de esta bendición se encuentran en la prisión del infierno, atormentados por el fuego que jamás se apaga, encadenados por toda la eternidad, sufriendo al gusano que nunca muere, llenos de amargura y desesperación. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

Solo en Cristo

La pregunta que ahora debemos hacernos es la siguiente: ¿Dónde se halla este tesoro incomparable? La respuesta es: En Jesucristo. Jesús es la salvación completa, perfecta y eterna. La voz del cielo dijo: «Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mat. 1:21). Y también unos labios inspirados afirman: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hech. 16:31).

El Espíritu Santo testifica: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Tim. 1:15). Esta es la verdad divina e infalible, tan alta como los mismos cielos y tan clara como la luz. Ni la filosofía ni la mentira pueden negarla: la salvación es Cristo mismo.

Alguien puede vestirse de púrpura y lino fino, y dar suntuosas fiestas cada día, como Asuero lo hacía, y sin em-

bargo no ser salvo. O puede regir grandes naciones y mandar potentes ejércitos, como Faraón y Nabucodonosor, y sin embargo no ser salvo. Se puede vivir con la mejor enseñanza bíblica, como Judas, y no ser salvo. Se puede tener las oportunidades de Corazín, Capernaum y Betsaida, y no ser salvo.

Una promesa eterna

Pero el que cree en el Señor Jesucristo no perderá la salvación, porque esta promesa permanece para siempre: «...para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Si el rico cree, será salvo. Si el pobre cree, será igualmente salvo. Jóvenes y ancianos, sabios e ignorantes, todos los que creen, están a salvo. Cristo es suyo, y Cristo es la salvación.

Esta salvación es un rescate feliz que cambia el llanto en una incesante alabanza; y la espantosa prisión de los perdidos, por el palacio celestial. Es una obra gloriosa que transforma el odio en amor, las pasiones malsanas en paz santa, y que lleva al pobre pecador, de ser instrumento de los demonios, a participar de la comunión de los santos en luz.

Para entender mejor cómo opera esta salvación, debemos saber que Jesús salva rescatando del infierno, dando derecho al cielo y haciendo apto al pecador para heredar el mismo.

Jesús salva a su pueblo rompiendo la única cadena que puede atar al pecador: el pecado.

Rescate del infierno

En primer lugar, Jesús nos rescata del infierno. Este es el destino y la paga del pecado. Los pasos del pecado conducen hacia ese lugar, y todo el sufrimiento del pecado no hace más que ganarse esa retribución. Pero si se quita el pecado, el infierno no tiene poder sobre el pecador. Pues bien, Jesús quita el pecado. De su costado y sus manos, de la cruz en que murió, brota un manantial de sangre purificadora que lava las manchas de nuestra iniquidad.

Los pecados de todos los hombres desaparecen cuando son puestos en ese mar de expiación. El pecador más viciado queda, al sumergirse en esta sangre, tan blanco y puro que Dios no ve ninguna falta en él. Satanás no puede acusarle de nada. El pecador justificado no puede ir a prisión, porque ya no tiene deudas, ni la señal de la perdición está sobre su frente. Todo, absolutamente todo, ha quedado borrado. La paga del pecado ha sido cancelada por Jesús. Por lo tanto, Jesús salva a su pueblo rompiendo la única cadena que puede atar al pecador: el pecado.

El derecho al cielo

Jesús salva, en segundo lugar, dándonos derecho al cielo. Su misión no fue solo expiar nuestros pecados en la cruz, sino que, además, por medio de su vida perfecta y piadosa, tejió un manto de justicia divina que cubre por completo a los que están con él.

Esto significa que por el cumplimiento de la ley que Cristo ha realizado, el pecador queda ante Dios como si él mismo la hubiese cumplido. Vestidos de este modo, con los ropajes celestiales, los pecadores tienen derecho a entrar en el cielo, y a ser sus ciudadanos. Pueden disfrutar del privilegio de acercarse al trono de Dios.

Santificación

Pero, en tercer lugar, el creyente necesita algo más que entrar por las puertas abiertas del cielo. Aparte de sus adornos exteriores necesita una adaptación interna, ya que, si no, su gozo no sería posible.

La naturaleza del pecador debe ser similar a la naturaleza de su nuevo hogar. Allí todo es santidad y amor perfecto. Para un hombre inicu, un lugar así sería impensable. Todo lo que viese le haría estremecer. Pero la salvación de Jesús nos prepara para esa gloria maravillosa. Por medio de su Espíritu, él arranca de nosotros la naturaleza pecaminosa y hace que nos deleitemos en Dios.

Cristo, además de ser nuestra redención, nos es santificación. Las vestiduras limpias que él da, solo las pueden llevar aquellos que tienen una nueva naturaleza. «*Toda gloriosa es la hija del rey en su morada*», y luego añade: «*De brocado de oro es su vestido*» (Sal. 45:13). Todos aquellos que se amparan en la justicia de Cristo poseen su semejanza y anhelan hallarse en su presencia. Ésta es, pues, la gran salvación. Alma, ¿estás segura de tu salvación?

Una gran salvación

Decimos que es una gran salvación porque la ha planeado, provisto y aceptado un gran Dios: el Padre. Es grande porque la ha realizado y consumado un gran Dios: Jesucristo, el Hijo. Es grande porque la concede un gran Dios: el Espíritu Santo. Es grande porque evita una gran desgracia, derrama gracia sobreabundante y bendice a una gran multitud.

Felices seremos si podemos decir con Pablo: «*Nos salvó y llamó con llamamiento santo*» (1 Tim. 1:9). La oración es maravillosa cuando, por el Espíritu, podemos decir este amén. «*Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo*» (Rom. 10:13). La perfecta alabanza es aquella que la fe tributa diciendo: «*Mi fortaleza y mi canción es JAH Jehová, quien ha sido salvación para mí*» (Is. 12:2).

Aun la muerte es placentera cuando, como Jacob, podemos exclamar: «*Tu salvación esperé, oh Jehová*» (Gén. 49:18). Y, por último, la eternidad será gloriosa cuando se cante con adoración: «*La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero*» (Apoc. 7:10). Alma, ¿estás segura de tu salvación? Pero atiende; el Espíritu Santo avisa: «*¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?*» (Heb. 2:3).

De El Evangelio en el Génesis

Juan Wesley y el ladrón

Yendo de viaje por un camino, un siervo de Dios fue asaltado por un ladrón que le exigió: «¡La bolsa o la vida!». Juan Wesley le alargó el bolso, en tanto le decía: «Tiempo vendrá cuando lamentarás tu vida presente. Entonces recuerda mi buena palabra: La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado».

Algunos años más tarde, saliendo de un lugar donde había predicado, Juan Wesley se halló frente a un desconocido que le decía: «¿Recuerda usted que un día fue asaltado en un camino? Yo era el ladrón. Aquel texto que usted me ofreció como una buena palabra, cambió mi vida. Ahora soy un cristiano. Y aquí está su dinero».

Samuel Vila

Hechos fundamentales que nos revelan quién es Jesús, su persona y su gloria.



Grandes hitos en la vida de Cristo

Rodrigo Abarca



Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto”.

– Isaías 53:3.

¿Quién es Jesús?

No hay otra persona que haya producido tal impacto en la historia como Jesús. ¿Quién es él? Los evangelios fueron escritos para responder esta pregunta.

Los fariseos dijeron: «*¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente*» (Juan 10:24). Los discípulos cavilaban: «*¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?*» (Mat. 8:27).

Los evangelios no son una biografía común, sino son más bien retratos selectivos. Lucas escribe: «*Ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas*» (Luc. 1:1).

Tampoco son literatura de ficción ni especulación filosófica. Contienen hechos reales, testificados por quienes los vieron con sus ojos.

Al estudiar la vida de Jesús, podemos resaltar en ella algunos hitos fundamentales que nos revelan quién es él, su persona y su gloria: la preexistencia de Cristo, su encarnación como hombre verdadero y perfecto, su ministerio terrenal, y los eventos de sus últimos días. De estos, veremos con más detalles la tentación en el desierto, la hora del quebranto en el Getsemaní, su crucifixión, muerte y resurrección.

La preexistencia de Cristo

Jesús no comenzó a existir en el momento en que fue concebido por María, sino que existió desde la eternidad: *«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios»* (Juan 1:1). El Verbo, para los griegos, es el *Logos*: la palabra, la razón, el orden, el diseño, la inteligencia detrás del universo.

La verdad sobre la identidad divina de Jesús no provino de los hombres, sino de Jesús mismo. Los judíos entendieron claramente lo que quiso decir con las palabras: *«Antes que Abraham fuese, yo soy»* (Juan 8:58), y en consecuencia, tomaron piedras para apedrearlo por la blasfemia de hacerse igual a Dios.

Cuando Pedro le dijo: *«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»* (Mat. 16:16), Jesús reconoció explícitamente, ser el Mesías, pero con la

carga adicional que eso significaba: que él era también el hijo del Dios viviente. Además, sus palabras y actos mostraron que él tenía plena conciencia de su identidad divina. Los discípulos, oyéndole y viéndole actuar, obtuvieron de él esa comprensión. Él demostró estar consciente de su divinidad porque actuó como tal. Si en la cosmovisión judía existía un único Dios, entonces Jesús se había identificado con ese Dios, el Dios de Israel.

Jesús, hombre verdadero y perfecto

Jesús no solo reivindicó para sí la identidad divina; también vivió y actuó como verdadero hombre. Él se refirió muchas veces a sí mismo como *«el Hijo del Hombre»*, identificándose así con todos nosotros.

«Y aquel Verbo fue hecho carne» (Juan 1:14). En su condición divina, él posee la naturaleza y todos los atributos de la divinidad. Sin embargo, él asumió también una naturaleza plenamente humana. De alguna manera que no logramos comprender, sin nunca dejar de ser Dios, se autolimitó, despojándose de la expresión de sus atributos divinos esenciales, para vivir una vida totalmente humana.

Jesús nació como un hombre verdadero, pero con una gran diferencia

respecto a nosotros: él nació sin pecado. En esta condición, pasó por todas las experiencias humanas. Él tenía un cuerpo, un alma y un espíritu humanos. Nació como un bebé y fue un niño como cualquiera de nosotros. Como todo hombre, debió aprender, crecer y madurar. Él tenía que recorrer toda la jornada del hombre, para recapitular en sí toda la vida humana.

Jesús comienza su ministerio

«Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mat. 3:16-17).

Sus primeros treinta años de vida secreta reciben aquí una completa aprobación de su Padre. A partir de este momento, él comienza su ministerio público y recibe una capacitación especial para ejercerlo por el poder del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, en Isaías, describe proféticamente a Cristo como el *«varón de dolores, experimentado en quebranto»* (Is. 53:3). Un hombre que no solo conoce el sufrimiento, sino que lo conoce profundamente; al punto de ser experto en el dolor humano.

Jesús sufrió nuestros dolores, llevó nuestros pecados y fue castigado en nuestro lugar. Su vida terminó en un extremo sufrimiento; pero, en realidad, toda su jornada estuvo marcada por el quebranto. Ser el más perfecto, santo y puro de los hombres no le significó una vida sin sufrimientos.

A veces creemos que el caminar en obediencia a la voluntad de Dios nos evitará el dolor. Pero no es así. El mismo Hijo de Dios padeció, aún haciendo la perfecta voluntad de Dios. Por supuesto, a veces sufrimos porque somos desobedientes. El pecado individual es una de las causas del sufrimiento en el mundo; pero Jesús no tenía pecado y aun así padeció, porque esa era la voluntad de Dios para él.

La tentación en el desierto

«Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo» (Mat. 4:1). Marcos dice: «el Espíritu lo impulsó al desierto» (1:12). El Espíritu Santo le capacitó para su ministerio, y luego, lo llevó de inmediato al desierto, a un lugar de prueba.

La prueba revela nuestra verdadera condición y naturaleza. Estas no se manifiestan en los buenos tiempos, sino en la hora de la prueba. Jesús, el hombre representativo, tomó el

lugar de Adán, el primer hombre, que también fue probado al principio de todo. Por ello, la tentación de Jesús contiene los mismos elementos de aquella escena en el huerto de Edén. Él fue probado para vencer en todo aquello en que nosotros fallamos.

Para entender la tentación y la prueba es importante discernir que aquello que desde el punto de vista Satanás es una tentación, desde la perspectiva de Dios es una prueba. Tentación y prueba son una misma palabra en griego, por lo que su interpretación depende del contexto. El propósito de Dios en la prueba no es que pequemos, sino que seamos perfeccionados a través de ella. Pero el fin de Satanás es que pequemos y seamos destruidos.

Era necesario que Jesús fuera impulsado por el Espíritu Santo para ser tentado. Para que seamos perfeccionados es necesario que seamos probados. Aún la tentación está bajo el control soberano de Dios, pues, entre otras cosas, Dios quiere que aprendamos a vencer a Satanás a través de ella.

«Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre» (Mat. 4:2). Esta no es fue un hambre común, sino la que viene tras muchos días de ayuno, que oprime la mente y no deja pensar

en nada más. Muchos pecados se cometen en situaciones de necesidades de nuestro cuerpo, tan imperiosas que nos hacen creer que estamos justificados al ceder a ellas.

Jesús padeció un hambre desesperante. Entonces vino a él el Tentador, porque éste sabe exactamente cuándo hacerlo, y le dijo: *«Si eres Hijo de Dios...»*. En su bautismo, el Padre le dijo: *«Tú eres mi Hijo amado»*. Y Satanás está usando ahora las mismas palabras. He aquí una teología satánica, una manera retorcida de pensar.

La idea de Satanás es: *«Si realmente eres Hijo de Dios, tienes derecho a exigirle que satisfaga todos tus deseos y necesidades»*. La tentación es: *«Di que estas piedras se conviertan en pan»* (v. 3). *«Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»* (v. 4).

Jesús respondió con la palabra de Dios, porque ella estaba en su corazón. Para que ella sea nuestra defensa, debemos guardarla en el corazón en todo tiempo. *«En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti»* (Sal. 119:11). Si tenemos un depósito suficiente de la palabra de Dios, podremos responder a la tentación cuando ésta venga. Jesús, como hombre representativo, enfrentó a Satanás usando la palabra

de Dios: «*No solo de pan vivirá el hombre...*», una cita de Deuteronomio 8, hablando del paso de Israel por el desierto.

«*Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre*» (Deut. 8:2-3). Por medio de la prueba aprendemos a ser sustentados únicamente por Dios a través de su palabra.

Estas tres tentaciones corresponden a las tentaciones del huerto. «*Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría*» (Gén. 3:6).

«*Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra*» (Mat. 4:5-6).

Aquí Satanás se vuelve más sutil, citando la Escritura en el Salmo 91. Este afirma que a los que confían en Dios nunca les pasará algo realmente malo. Pero eso no significa que nunca sufriremos. Sin embargo, esto es lo que insinúa Satanás. «*Hagas lo que hagas, Dios te cuidará y no sufrirás*».

Este es el segundo tipo de tentación con el que Satanás tienta a los hombres. El primero tiene que ver con las necesidades de nuestro cuerpo físico. El segundo, con lo que el apóstol Juan llama «*la vanagloria de la vida*» – «árbol codiciable para alcanzar la sabiduría»: el deseo de ser reconocido por los demás.

Satanás está diciendo: «*Si quieres que los demás crean en ti haz esto, para que ellos te reconozcan al ver cómo los ángeles te libran*». Cuando el deseo de reconocimiento es un ídolo que rige nuestra vida, estamos en manos del Tentador. Lo único que nos debe importar no es la aceptación de los hombres, sino la aceptación de Dios.

Otra vez, Jesús responde con la Palabra: «*Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios*» (v. 7). Hacer lo que proponía Satanás era poner a prueba a Dios. Pero Dios no puede ser puesto a prueba por el hombre.

Tercera tentación. «Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares» (v. 8). Esta es claramente la tentación de la idolatría, relacionada con lo que Juan llama «los deseos de los ojos». Todo lo que nosotros miramos, lo queremos. La publicidad actual, por ejemplo, se basa en los deseos de los ojos.

Satanás le mostró todos los reinos del mundo y toda la gloria de ellos: la riqueza, la fama, el poder, el conocimiento pasaron delante de sus ojos. La tentación de la idolatría es adorar a la criatura en lugar del Creador; tomar algo que no es Dios y ponerlo en su lugar, postrándonos ante él para obtener lo que desea-

labra de Dios. «Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Heb. 2:18).

La transfiguración

Otro hito fundamental en la vida de Jesús se encuentra en la escena del monte de la transfiguración (Mateo capítulo 17). Su ministerio público ocurrió durante tres años en Galilea y los últimos seis meses en Judea. A partir de aquí, él decidió subir a Jerusalén. Este episodio contrasta con la escena anterior, cuando Jesús pregunta a los discípulos quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre. Pedro responde: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mat. 16:16), la mayor revelación del Nuevo Testamento.

A veces, el sufrimiento es parte de la perfecta voluntad de Dios para sus hijos.

mos con nuestros ojos. Sin embargo, el único que puede satisfacer la vida humana en plenitud es nuestro Dios y Creador. «Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (v. 10).

Satanás lo intentó todo y fracasó, pero aquí vemos dos cosas: Jesús venció por nosotros toda tentación y también nos enseñó cómo vencer toda tentación por medio de la pa-

Luego, Jesús les anuncia que es necesario que él vaya a Jerusalén, y que padezca mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes, y que sea muerto, pero resucite al tercer día.

Cuando Pedro oyó esas palabras se espantó. Se puso delante el Señor y lo detuvo, diciéndole: «Señor, en ninguna manera esto te acontezca»

(Mat. 16:22). Son palabras similares a las de Satanás en el desierto, ahora a través de Pedro, sugiriéndole evitar el dolor a toda costa.

Sin embargo, a veces, el sufrimiento es parte de la perfecta voluntad de Dios para sus hijos. Jesús le reprende: *«¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres»* (v. 23). Luego dice: *«De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino»* (v. 28).

Jesús les habla de la esperanza de su venida al final de los tiempos. Y les dice que algunos de ellos no morirán sin antes ver al Hijo del Hombre viniendo en su gloria. Entonces, *«Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz»* (Mat. 17:1-2).

Mucho tiempo después, Pedro relatará este mismo acontecimiento: *«Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su ma-*

jestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo» (2 Ped. 1:16-18). Según Pedro, en el monte santo, ellos vieron la escena final de la historia: La venida del Señor en gloria.

Al concluir Jesús su ministerio público, de nuevo la voz del Padre vino a poner su sello de aprobación sobre él y su vida. *«Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd»* (Mat. 17:5). Jesús había alcanzado la perfección de su vida humana, tanto privada como pública. Todos los pensamientos de Dios respecto al hombre habían sido realizados plenamente en él, el hombre según el corazón de Dios.

Por ello, en el monte de la transfiguración se abrieron ante él dos caminos: el camino de la gloria y el camino de la cruz. El primero es el que él tenía derecho a tomar, debido a que cumplió perfectamente la voluntad de Dios a lo largo de toda su vida. En ese instante, él pudo haber ascendido y ser recibido por el Padre en la gloria.

El segundo era el camino de la cruz, y este no por causa de sí mismo. Todo lo que él tenía que ganar para

sí como hombre, ya lo había ganado y el camino a la gloria estaba abierto ante él. Pero en esa hora él escogió el camino de la cruz, no como una imposición de Dios, sino como una opción que él escogió libremente por amor a su Padre y a nosotros.

Jesús había venido al mundo para morir en la cruz, porque esa era la voluntad perfecta de su Padre desde la eternidad. Si hubiese ascendido a la gloria, él hubiese vivido eternamente glorificado, sentado a la diestra del Padre; mas nosotros estaríamos perdidos para siempre. *«De cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo...»*. Él habría sido el único hombre en la gloria, *«...pero si muere, lleva mucho fruto»* (Juan 12:24).

De allí en adelante, nos dice la Escritura, él *«afirmó su rostro para ir a Jerusalén»* (Luc. 9:51). Fue su firme determinación el ir a la cruz. El Hijo merecía la gloria; pero, en la perfecta voluntad divina, el Cordero de Dios debería ser sacrificado. Entonces, él tomó el camino de la cruz.

La agonía en Getsemaní

Otro hito fundamental corresponde a la noche en que Jesús fue entregado. En la última semana, él hizo su entrada triunfal en Jerusalén.

Luego vinieron las horas finales. La última noche, el Señor celebró la pascua con sus discípulos, y después que hubieron cenado, salieron al huerto de Getsemaní.

«Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera» (Mat. 26:36-37).

Una angustia inmensa lo inundó: se acercaba el momento de ir al sacrificio. Él había vivido toda su vida bajo la sombra de la cruz. Desde que tuvo conciencia, él sabía que su camino terminaba allí. Pero ahora, por primera vez, el horror de esa hora aplastó su alma.

«Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte» (v. 38). Jesús no era insensible al dolor. Nosotros quisiéramos que el sufrimiento no nos afectara. Pero Jesús, nuestro maestro, el hombre perfecto, no era inmune al dolor. Él fue presa de una angustia mortal esa noche. Lucas nos dice que su angustia fue tan intensa, que de su frente caía a tierra el sudor como grandes gotas de sangre. Los psiquiatras dicen que un dolor mental extremo puede hacer que los vasos capilares se rompan y brote la sangre.

«*Mi alma está muy triste...*». Nos conmueve saber que el Señor no ocultó su dolor a sus discípulos. A menudo, nosotros tratamos de ocultar nuestras penas de los demás, en una aparente actitud espiritual. Pero Jesús no tuvo reparos en decir lo que él estaba sintiendo.

En esta hora, el Señor enfrentó el mayor dolor psicológico que un ser humano pueda experimentar – el dolor de la pérdida. Los psicólogos usan escalas de grado del dolor en los diferentes eventos de la vida, y el mayor de ellos es el perder a alguien que se ama profundamente.

«*Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa*» (v. 39). Jesús nos enseña que enfrentar el dolor no consiste en insensibilizarnos ante éste, porque si somos inmunes al dolor, seremos inmunes al amor. Aquel que no quiere sufrir, tampoco podrá amar. Jesús lo sabía, porque nos amó hasta lo sumo, y precisamente por ello tuvo que padecer por nosotros.

Nosotros no debemos entregarnos al dolor como si éste fuera algo bueno en sí. La Escritura nos dice que el sufrimiento humano universal es consecuencia del pecado (no necesariamente personal). Por ello no se abraza el dolor como algo bueno en sí. De ahí que Jesús dijese: «*Si es*

posible, pase de mí esta copa». Aun así, en las manos de Dios, el sufrimiento se convierte en instrumento de gloria. Jesús sabía eso; por eso dice: «*...pero no sea como yo quiero, sino como tú*» (v. 39).

Naturalmente, nadie quiere sufrir. Pero, cuando el dolor es parte de la voluntad divina, es para nuestro bien y el de muchos otros. Jesús estaba en una disyuntiva: seguir su propia voluntad o seguir la voluntad del Padre, y ésta significaba entrar en un horno de fuego espantoso. Por ello, sintió una angustia terrible. En un instante, vio lo que significaba morir en la cruz; vio el peso de la ira divina que caería sobre él.

Jesús debía beber la copa de la ira de Dios. No de la venganza, sino de la ira santa de Dios, que es el castigo justo por los pecados. Y él debía beber aquella copa hasta el final. Cuando Jesús vio aquello, su alma retrocedió espantada. En el clímax de esa ira está el hecho de ser desechados por Dios y arrojados a una infinita distancia de su presencia. Por eso su alma estaba tan angustiada. Y he aquí lo maravilloso. «*Vación de dolores, experimentado en quebranto*» (Is. 53). Él sufrió nuestros dolores, padeció en nuestro lugar. La ira era para nosotros; mas él entró por nosotros en aquel horno ardiente de ira divina.

«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti» (Is. 43:2). Si el Señor entró en el horno por nosotros, ¿nos abandonará o dejará de amarnos alguna vez? Recuerda: en medio de la prueba, él está allí con nosotros.

El Señor hizo su decisión aquella noche en el Getsemaní. «Hágase tu voluntad» (Mat. 26:42). Luego se desencadenaron los hechos de su muerte, un despliegue de dolor y de injusticia inconcebibles sobre su vida. Hubo un juicio fraudulento, con testigos falsos. No se le permitió defenderse. Todo estaba arreglado para culparlo. Y Jesús enmudeció.

La hora de la cruz

Luego fue llevado ante Pilato. Éste sabía que el Señor era inocente, y aun así lo entregó a la muerte para congraciarse con los judíos.

Jesús fue llevado a juicio ante los hombres, pero en realidad la humanidad entera fue juzgada ante él ese día— toda la maldad de la raza humana se reveló en la traición de Judas, la negación de Pedro, el abandono de sus discípulos, la farsa de un juicio injusto, los testigos falsos, la cobardía de Pilato, la estupidez de Herodes y la burla y la crueldad sin sentido de los romanos.

Él «sufrió nuestros dolores», víctima de la injusticia, la cobardía, la burla y la crueldad, la volubilidad de las gentes, la negación, la traición, el abandono y el rechazo, porque tomó nuestro lugar. Finalmente, coronado de espinas, subió lentamente la colina del Calvario, cargando su cruz.

¡Cuántas veces cayó en aquel camino, y de nuevo, con decisión, se irguió y siguió adelante! «Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo» (Jn. 10:17-18). Bastaba un gesto suyo para que todo concluyera. Los ángeles solo esperaban una señal para intervenir y acabar con todo; pero la señal nunca llegó.

En aquella hora, no solo el Hijo sufrió, sino también el Padre. Este era su Hijo eternamente amado, y él lo entregó. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (Juan 3:16). Dios puso su corazón como una piedra, y no salvó a su propio Hijo, para que tú y yo pudiésemos ser salvos. Padre e Hijo, con una sola voluntad, un solo amor, un solo propósito en su corazón.

Lo que consuela el corazón definitivamente es conocer el amor de Cristo. A veces, al pasar por el valle del dolor, pensamos que Dios no nos ama. Pero miremos a Jesús subiendo al Calvario. Los evangelios son

muy escuetos al registrar los hechos; no hay adorno, es un relato simple y desnudo. «*Cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí*» (Luc. 23:33). Nada más.

La crucifixión romana era el suplicio más horrible de aquel tiempo, ideado para causar un dolor atroz antes de la muerte. Ser clavado en una cruz significaba pasar por largas horas de agonía. Los huesos se descoyuntaban, la sangre corría. Se hacía imposible respirar y se sentía una sed desesperante a causa de la pérdida de sangre. Era un dolor indescriptible. Y así padeció el Salvador, mientras Satanás se burlaba de él y lo tentaba hasta el último momento: «*Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz*» (Mat. 27:40).

Los siete clamores en la cruz

Para concluir, veamos las siete palabras de Cristo en el Calvario. Ellas resumen el significado de la cruz. Primero, una palabra de perdón. «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*» (Luc. 23:34). Él murió para que nosotros fuésemos perdonados por Dios eternamente.

La segunda es una palabra de salvación. Recuerden que había dos ladrones, uno a cada lado de Jesús. Uno de ellos lo injuriaba. «*Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estan-*

do en la misma condenación?» (40). Este es el hombre con más fe en la historia de la humanidad. Una cosa es ver al Salvador resucitado y creer en él, y otra cosa es verle crucificado y decirle: «*Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino*». Jesús respondió: «*De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*» (v. 43). Su muerte en la cruz nos abrió el camino al paraíso de Dios.

La tercera es una palabra de afecto. En el extremo de su tormento, Jesús no olvidó a aquellos a quienes amaba, en especial, a su madre. Entonces dijo a María: «*Mujer, he ahí tu hijo*», y a Juan: «*He ahí tu madre*» (Juan 19:26-27). Tuvo cuidado de su madre – amor y preocupación, aún desde la agonía misma de la cruz.

Después, el terrible clamor a gran voz: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*» (Mt. 27:46). Este era el momento que él temía sobre todas las cosas, aquello que angustiaba su alma en el Getsemaní. Él sabía que, al final de todo, la cruz significaba el total abandono de Dios. Lo que siempre le sostuvo era saber que el Padre estaba con él. Mas, aquí, él recibió todo el peso de la ira divina. Él estuvo solo y fue abandonado, para que tú y yo nunca más fuésemos abandonados. Por ello, atravesando el valle de sombra de muerte, él estará con nosotros.

«*Tengo sed*» (Juan 19:28). Es una palabra de agonía física agobiante. Y por medio de esa necesidad apremiante del Señor, nuestra sed fue saciada para siempre.

Finalmente: «*Consumado es*» (Juan 19:30). En griego, *tetelestai*: el precio ha sido pagado, la obra está concluida. Es un grito de victoria. Jesús venció sobre la cruz. Es un ¡Aleluya! La agonía terminó, el poder de la muerte y del pecado acabó y Satanás fue vencido para siempre. Todos los pecados fueron perdonados, toda deuda fue saldada, y nosotros somos libres, para la gloria de Dios.

Las últimas palabras de Jesús no fueron para los hombres, sino para su Padre. Tres horas atrás, él dijo: «*Dios mío*». Ni siquiera pudo llamarlo Padre, porque hasta esta palabra se secó en su boca: tal era su abandono. Pero ahora, «*Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró*» (Luc. 23:46).

Deberíamos guardar silencio, y mirar. Allí está él, muerto sobre la cruz. Y cuando el Padre recibió su espíritu, también nos recibió a nosotros con él. Cuando llegue nuestra hora final, si el Señor no viene antes, no estaremos solos: el Padre estará esperándonos para recibirnos en sus brazos, porque Cristo nos abrió el camino a la vida eterna sobre la cruz.

Así murió el Señor. Así terminó aquel día. Pero no fue un día de derrota, sino de gloria. Es el triunfo del Crucificado. Jesús, aparentemente vencido, en un vuelco gigantesco de la historia, convirtió la muerte en eterna victoria. Él entró en la muerte para destruir a la muerte, entró en el dolor para terminar con el dolor y convertirlo en gozo. ¡Ese fue su camino a la gloria!

Pero todo no concluyó allí. ¡Jesús resucitó! Él no terminó su carrera en el sepulcro. Al tercer día, el Padre puso su sello de total aprobación sobre su vida perfecta, de perfecta humildad y obediencia, resucitándole de entre los muertos, declarándole eternamente su Hijo ante toda la humanidad. ¡Él es el único que puede salvar! La muerte fue vencida en su resurrección. Es un hecho histórico; muchos testigos lo vieron resucitado, con pruebas indubitables. Tal es la garantía de su victoria.

Que el Señor consuele y fortalezca nuestros corazones. ¡Cuán grande es nuestro Salvador! Por eso, no tenemos vergüenza de anunciar el evangelio del Señor Jesucristo, porque él «*puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios*» (Heb. 7:25).

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en junio de 2018.

TEMA DE PORTADA

Es glorioso que la Biblia contenga de manera explícita cuatro libros dedicados a la persona de Cristo.



Visión panorámica de los evangelios

Rubén Chacón

Toda la Escritura habla de Cristo, pero los cuatro evangelios relatan directamente su vida terrenal. Es mucho mayor la riqueza, porque son cuatro documentos que iluminan de manera más plena el tema. En Mateo, Marcos, Lucas y Juan, tomados en conjunto, tenemos la plenitud de la gloria terrenal del Señor.

La gloria terrenal de Jesús

Esta plenitud es presentada de varias formas. En Mateo, Jesús es el hijo de David; en Marcos, el Siervo de Dios; en Lucas, el Hijo del Hombre y en Juan, el Hijo de Dios.

La gloria terrenal del Señor se puede relacionar con los cuatro seres vivientes de Apocalipsis 4:7. Juan dice que el primer ser viviente tenía semejanza de un león, el segundo era semejante a un buey; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. Con estas pistas, se puede relacionar los cuatro seres vivientes con los cuatro rostros que los evangelios presentan de Cristo.

La figura del león calza con el Cristo de Mateo, donde se nos revela su realeza. En Marcos, el

ser viviente que representa al Señor es el buey, en su servicio incansable. Es curioso que el orden de los evangelios coincide con el que son descritos los seres vivientes.

En Lucas, Cristo es el ser viviente con rostro de hombre, que nos muestra su humanidad perfecta. Temprano, en la historia de la iglesia, aparecieron herejías diciendo que Jesús tenía solo apariencia humana. Pero Lucas muestra que él es un hombre perfecto, un verdadero hombre.

En Juan, Cristo es el águila volando, en su dimensión celestial. Él es verdadero y perfecto Dios; no solo tuvo una vida terrenal, sino que también es celestial, es el Hijo de Dios.

La gloria terrenal de Cristo en sus cuatro aspectos, puede también ser relacionada con los colores de las cortinas del tabernáculo. En Éxodo 26 vemos el velo, una cortina que separaba el Lugar Santísimo del Lugar Santo. Luego hay una segunda cortina donde termina el Lugar Santo, y una tercera cortina, que es la puerta del atrio.

¿De qué estaban compuestas esas cortinas? Éxodo 26:31 habla del velo: *“También harás un velo de azul, púrpura, carmesí y lino torcido”*, que obviamente es de color blanco. La cortina que separaba el lugar Santo del Santísimo estaba

hecha de azul, púrpura, carmesí y lino torcido. Luego, en el versículo 36, la puerta del tabernáculo es una cortina de colores azul, púrpura, carmesí y lino torcido.

Estos colores se relacionan con los cuatro evangelios. Mateo es el color púrpura, porque esta cortina preanunciaba la gloria que veríamos cuando el Verbo se hiciera carne. Esa gloria estaba ya preanunciada en los colores de las cortinas.

Antes de crucificar a Jesús, le escarificaron, porque él afirmó ser el Mesías rey, el hijo de David. Juan 19:2: *“Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura”*. Es el color del manto de un rey.

El Cristo de Marcos se relaciona con el carmesí de la cortina, el rojo intenso de la sangre. Y Lucas, con el blanco del lino fino torcido, que representa la justicia de Cristo.

La cortina de lino blanco que rodeaba el patio del tabernáculo medía 2.20 metros de altura. Ahí está el lino fino representando esa justicia. Pero el atrio tenía una puerta de entrada, y esa puerta es Cristo.

En el evangelio de Juan, Jesús tiene el color azul, porque Juan revela su dimensión celestial.

Todos los evangelios dicen que, cuando Cristo expiró en la cruz, el centurión que vio la escena, declaró: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios». Y en Lucas 23:47, el centurión dice: «Verdaderamente este hombre era justo». Jesús es «el justo que murió por los injustos».

Los oficios del Salvador

También es posible relacionar la gloria terrenal del Señor con los dones de Efesios 4:11. «Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros». Podemos relacionar estos ministerios con los cuatro rasgos de la gloria terrenal de Cristo, porque estos dones son los ministerios que él ejerció en los días de su carne.

El Señor fue apóstol durante su vida terrenal. Y no solo apóstol sino «el Apóstol». Así lo dice Hebreos. Y fue profeta. Juan dice: «Este es el profeta que había de venir». No un profeta más, sino «el Profeta», aquel que anunció Moisés. En Mateo, Cristo es el Maestro. No obstante, él no solo fue maestro, sino también apóstol y evangelista. No es que Cristo en Mateo no sea apóstol, pero el énfasis de Mateo es mostrarle como el Maestro.

¿Qué tiene que ver el maestro con el rey? Mateo mostró la realeza de

Cristo, relacionándola con el león. La función de un rey es gobernar, estableciendo leyes, estatutos y mandamientos para regir su reino, y todos sus súbditos han de vivir en sujeción a él, obedeciendo sus leyes.

Mateo muestra a Cristo Rey, pero también al Maestro que estableció las leyes de su reino. Ambas figuras calzan a la perfección. Recuerden que, en Mateo, la expresión de la gente es: «¿Quién es éste que habla y enseña con tal autoridad?». Él enseñó con la autoridad de un rey.

En Marcos, Jesús es un pastor. Marcos no fue un testigo directo. ¿Cómo pudo escribir sobre la vida de Jesús? Notemos los detalles que registra Marcos. Por ejemplo, cuando Jesús le habló al joven rico, dice que, mirándolo, lo amó. O, cuando vino un leproso a Jesús, hincándose de rodillas, le suplicó. Marcos ve a Jesús a través de los ojos de Pedro, quien sí fue un testigo ocular.

Casi todo el contenido de Marcos está en los otros evangelios, pero hay unos treinta versículos que solo él registra. Entre ellos, está el incidente de un joven que, cuando Jesús fue arrestado, seguía al Señor de lejos, cubierto con una sábana, porque vivía cerca de aquel lugar. Los guardias lo quisieron apresar, tirando de la sábana, y el joven huyó des-

nudo. Ese hecho está solo en Marcos, y lo más probable es que sea su propio testimonio. Marcos, el cobarde, aquel que huyó.

Después, en el libro de los Hechos, viajando él con Pablo y Bernabé en el primer viaje, llevaban un par de jornadas, y Marcos se volvió a Jerusalén, a casa de su madre. Marcos fue un desertor. Y Pedro no es diferente. Lo primero que recordamos de este apóstol es que él negó a Jesús. Cuando alguien ha caído, ¿necesita un rey? No, porque el rey le cortará la cabeza – necesita un pastor. Jesucristo es Rey de reyes y Señor de Señores, pero también él es el buen Pastor que da su vida por las ovejas.

Así que en Mateo vemos a Cristo como maestro; en Marcos, como

Gramaticalmente, decir «el Dios» no suena bien, pero es importante ponerlo así, porque no basta decir que Jesucristo es Dios, menos en la época del Nuevo Testamento, donde el panteón grecorromano tenía tantos dioses. Entonces, decir que Jesús era «un Dios» era como agregar un dios más al panteón. Jesucristo no es simplemente Dios, él es «el Dios», el único Dios verdadero.

Estamos hablando de énfasis. No significa que en Mateo no estén los cuatro rostros de Cristo. En cada evangelio están todos ellos. Pero Mateo enfatiza su realeza; Marcos, su servicio; Lucas, su sensibilidad hacia los necesitados, y Juan, su divinidad.

Usando la figura de la cruz, podemos asignar a cada extremo los rasgos de

El Espíritu Santo inspiró a cada evangelista para mostrar un rasgo específico de Cristo.

pastor; en Lucas, como evangelista, y en Juan, como apóstol y profeta. Esta es la gloria terrenal del Señor revelada en los cuatro evangelios. Nos hemos acercado a esta gloria desde varias perspectivas, pero finalmente podemos decir que Mateo lo revela como rey, Marcos como siervo, Lucas como el hombre y Juan como «(el) Dios».

Cristo. En el madero vertical, arriba, Jesucristo es Dios, y abajo, él es hombre. Y en el madero horizontal, a un lado, él es rey, y al otro lado, es siervo. En la lógica humana, un rey no puede ser siervo a la vez. Pero la belleza de Cristo es que él, siendo rey, no dejó de ser siervo, y siendo siervo, no dejó de ser rey. Era un rey-siervo, y un siervo-rey.

En el otro binomio ocurre lo mismo. En la lógica humana, si alguien es Dios, no puede ser hombre; si es hombre, no es Dios. Pero nuestro Señor es a la vez Dios y hombre verdadero. Siendo hombre, no deja de ser Dios, y siendo Dios, no deja de ser hombre. Este es el cuadro completo de los cuatro evangelios.

La inspiración del Espíritu Santo

Ahora, veamos los elementos que explican cómo el Espíritu Santo inspiró a cada evangelista para mostrar un rasgo específico de Cristo. Esto no anuló la personalidad de cada autor. Cuando el Espíritu Santo usa a alguien para enseñar, lo hace según los rasgos propios de esa persona. Él no hace violencia, sino que pasa a través del vaso que usará. Él no anuló la personalidad de ellos; por el contrario, se valió de los conocimientos y experiencias que tuvieron con Dios, de la cultura de su tiempo, de su formación, de sus fracasos y sus sufrimientos.

Por ejemplo, hay algunos Salmos donde el rey David expresa a Dios su aflicción, y el Espíritu Santo se vale de aquel dolor para anunciar los sufrimientos de Cristo. La inspiración no es algo ajeno a la persona, sino algo a través de las vivencias de ella. Esto explica qué cosa le impactó a Mateo de nuestro Señor y el Espíri-

tu Santo se valió de eso para inspirarlo al escribir su evangelio.

La conversión de Mateo es algo notable. No hay otro caso donde Jesús convierte a alguien con una sola palabra. «*Pasando Jesús de allí vio a un hombre llamado Mateo que estaba sentado al banco de los tributos públicos*». Jesús le dice: «*Sígueme*». Eso es todo lo que él dijo. Lo que sigue es igualmente asombroso: «*Y se levantó y le siguió*».

Con qué autoridad y con qué gracia habrá salido esa orden. Mateo se encontró con la autoridad del Rey del reino de los cielos, y quedó impresionado por aquel encuentro. Entonces el Espíritu Santo lo guió a enfatizar en su evangelio las enseñanzas de Jesús. Él reúne en cinco discursos las enseñanzas del Reino.

A Marcos, en cambio, le impactó la obra de Cristo, su servicio, sus hechos. Marcos relata muchos episodios de Cristo, no necesariamente conectados entre sí, pero uno tras otro, mostrando a Jesús incansable, sirviendo a la gente desde la mañana a la noche, en un servicio eminentemente pastoral.

«*Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*» (Mar. 10:45). Este texto resume todo este evangelio. Es una pre-

ciosa síntesis, explicando la razón del evangelio de Marcos, la razón de la venida de Cristo a la tierra.

Esta es una excelente definición del ministerio del pastor. En el evangelio de Juan, Jesús dice: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas». Para Marcos, ésta es la razón por la cual Cristo vino a este mundo; no para ser servido sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

A Lucas le impactó todo lo de Cristo, pero lo más significativo para él es la sensibilidad de Jesús, su humanidad. En este evangelio, la salvación que trae Cristo, el hombre perfecto, no es solo para los judíos, sino para todos los hombres.

Casi la mitad del contenido de Lucas es material propio. En Lucas vemos al Señor en su sensibilidad por los niños, las mujeres, los pobres, los enfermos, los leprosos y las viudas. Es notable el hecho de que el Señor tenga esta especial preocupación, porque aquella era gente despreciada en la sociedad judía.

Jesús, al posar en la casa de un publicano, escandalizó a todos. ¿Cómo podía él entrar en casa de un ladrón y traidor que servía a los intereses del invasor? Los publicanos, al cobrar impuestos para Roma añadían una suma igual para su propio

bolsillo, y así se enriquecían. Jesús dice: «*Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido*» (Luc. 19:10). Este es el texto áureo de Lucas

Buscar para salvar

Nosotros siempre enfatizamos el verbo salvar; pero en el caso de Jesús hay que destacar ambas cosas. Para salvar, hay que salir a buscar, y eso significaba para Jesús alojarse en la casa de Zaqueo. ¿Dónde halló él a Zaqueo a su paso por Jericó? Arriba de un árbol (sicómoro). Jesús le dijo: «Zaqueo baja, porque es necesario que yo pose hoy en tu casa». ¿Cómo no iba a impactar a Lucas, un gentil, aquella sensibilidad?

Lucas fue compañero de Pablo, así que él vio evangelizar a los gentiles idólatras, a quienes los judíos despreciaban. Él no fue testigo presencial de Cristo, pero sí lo fue del ministerio de Pablo, viendo como la gracia de Dios no hacía acepción de personas, sino que la salvación era para todos los hombres.

La vida abundante

Y a Juan, ¿qué le impactó del Señor? Su evangelio dice que él era aquel que se recostaba en el pecho de Jesús. Esa relación es una intimidad profunda con Cristo. ¿A quién mejor que a Juan se le podía revelar?

Juan podía oír los latidos del corazón de Jesús. ¿Quién mejor que él describiría al Jesús íntimo?

Alguien dice que Mateo, Marcos y Lucas, los evangelios sinópticos, son como una fotografía de Jesús enseñando, Jesús sirviendo, Jesús sintiendo compasión por la gente. Pero en Juan es como una radiografía: Qué secretos hay en el Mesías de Israel, que expliquen que enseñe con tanta autoridad, que sirva incansablemente y que tenga un corazón como nunca jamás se ha visto.

¿Qué tiene Jesús por dentro que explica su porte por fuera? Impacta su enseñanza, su servicio, su corazón; pero, entonces Juan nos descubre que el Señor es, ni más ni menos, que Dios hecho carne. Por eso enseña con autoridad, por eso sirve como sirve, y por eso tiene aquel corazón. Jesús es el Verbo que preexistió con Dios eternamente, que estaba con Dios en el principio y que era Dios. Un día habitó entre nosotros y vimos su gloria, la gloria del unigénito hijo de Dios.

Juan tiene su texto áureo: «*Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia*» (Juan 10:10). Esta es la razón de su venida al mundo. Cristo es el apóstol del Padre, enviado al mundo para dar vida. No es la vida con la cual fue-

ron creados los hombres, sino una vida nueva. Solo alguien venido del cielo puede darles esa vida. Eso es el evangelio de Juan.

Los receptores del mensaje

Otro elemento que explica los matices distintivos de cada evangelio, es identificar quiénes son sus destinatarios. Eso también es aclarador, y nos explica la razón por la cual el Espíritu Santo, usando estos elementos, hizo que cada uno escribiera un evangelio específico.

I. Mateo y los judíos

No hay duda que Mateo escribe a creyentes de trasfondo judío. Eso se explica porque se apoya en la revelación, las promesas y la profecía del Antiguo Pacto para probar que Jesús era el Mesías prometido. Las personas a quienes va dirigido su evangelio conocen el Antiguo Testamento.

Diez veces en Mateo aparece esta oración: «Esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por tal profeta». Y cada vez que cita a un profeta, menciona la cita del Antiguo Testamento. Mateo quiere probar con la Escritura que Jesús es el Mesías. Su audiencia son los judíos. Mateo cita el Antiguo Testamento 53 veces, en cambio, Marcos lo cita dos o tres veces.

El segundo elemento que prueba que Mateo escribe a los judíos, es que él registra la genealogía de Cristo desde Abraham, el patriarca de la nación judía.

El tercer argumento para demostrar que Mateo está escribiendo a los judíos es que diez veces reitera en su evangelio que Jesús es el hijo de David. Aquí tenemos el primero, en Mateo 1:1. «Jesucristo hijo de David». ¿Qué está diciendo con eso? Que, al ser un descendiente de David, Jesús es de linaje real. Y más aún, que Jesús es aquel descendiente en quien se cumple el pacto de Dios con David.

Una de las cláusulas de este pacto es que en el trono de David nunca faltaría rey que se sentase allí, y que, por lo tanto, el trono de David sería eterno. Y, ¿quién cumple eso? Nuestro Señor. Mateo reitera que Jesús es el hijo de David. Sin embargo, Juan no lo llama nunca así, y en Marcos y Lucas solo cuatro veces es llamado de esa forma.

Cuarto: Mateo prefiere usar la expresión «reino de los cielos» en lugar de «reino de Dios». Unas 28 veces, cuando se refiere al reino que se nos acercó con Jesucristo, lo llama «reino de los cielos». Los judíos eran renuentes a pronunciar el nombre de Dios. Ellos en vez de decir «reino de Dios», para no mencionar

el Nombre de manera irreverente, preferían hablar de «reino de los cielos». Esto es algo netamente propio de la cultura judía, y constituye otro elemento a considerar de los destinatarios de Mateo.

El quinto elemento del evangelio de Mateo es la relación de continuidad entre Jesús y la ley de Moisés. Él registra, como algo paradójico, por una parte, una ruptura de Jesús con todo lo anterior, y por otra parte, una continuidad con aquello. Solo Mateo muestra esta continuidad entre Moisés y Jesús, entre la ley y la gracia. Para un judío, eso era importante. Jesús trae algo nuevo, pero eso no es contrario a la ley.

El texto áureo de este evangelio está en Mateo 5:17-20: «*No penséis que he venido para abrogar la ley o las profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido*». En este texto áureo, que solo está en Mateo, se explica la razón de la venida de Cristo al mundo. Este es material propio de Mateo. Aquí hay una clara continuidad; Jesús dice: «Yo no he venido a abolir, sino a cumplir».

El sexto elemento enfatiza este punto: Jesús inaugura una nueva ética que va más allá de la interpretación

común del Antiguo Testamento, y esto se entiende de inmediato con la frase: *«Oísteis que fue dicho... pero yo os digo»*. Es una nueva conducta, un elemento de ruptura, que va más allá de la interpretación común que se hacía de la ley.

En Mateo vemos por una parte la ruptura con el pasado, pero también continuidad. La ruptura, en esa frase que dice: *«Oísteis que fue dicho... pero yo os digo»*, y la continuidad porque el Señor no anula el mandamiento al decir: *«Pero yo os digo»*, sino que lo está llevando a su sentido pleno, más profundo.

Por ejemplo, en el Sermón del monte, el Señor dijo: *«Oísteis que fue dicho: no matarás»*. La aplicación dada a ese mandato era solo el acto externo de matar. Alguien infringía el mandamiento *«No matarás»* cuando le quitaba la vida a otro, o sea, la prohibición solo regulaba el comportamiento externo.

Entonces, por una parte, Jesús trae ruptura, pero por otro lado es continuidad. La gracia del Señor no solo nos regula exteriormente, sino que transforma el corazón, nos da un corazón puro, no solo para que no matemos a alguien, sino aun para que no deseemos mal a nadie.

Cristo, trayendo la gracia, profundizó el significado de la ley, y más aún,

una ley que era externa, la escribió en nuestros corazones y en nuestra mente. Este es otro rasgo que muestra que Mateo escribe a aquellos que conocen la ley y su interpretación, para que entiendan la buena nueva del evangelio.

2. Marcos y los gentiles

Marcos, a diferencia de Mateo, escribe a los gentiles. Aquí hay un gran cambio. Los destinatarios de Marcos son romanos. Lo sabemos porque él da explicaciones acerca de lugares, del lenguaje y de las costumbres. Jesús habló en arameo cuando trajo el evangelio. Marcos, escribiendo a los no judíos, tiene que aclarar términos, para que ellos puedan entender. Esto es muy interesante.

«Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar ...a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan hermano de Jacobo, a quienes apellidó Boanerges, esto es, Hijos del trueno» (Mar. 3:14, 17). Marcos explica que *Boanerges* es una palabra aramea. Esta pista muestra que él escribe a los no judíos.

«Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate» (5:41). Este es el cuidado que pone Marcos.

«Se juntaron a Jesús los fariseos, y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén; los cuales, vien-

do a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos inmundas, esto es, no lavadas, los condenaban. Porque los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen. Y volviendo de la plaza, si no se lavan, no comen. Y otras muchas cosas hay que tomaron para guardar, como los lavamientos de los vasos de beber, y de los jarros, y de los utensilios de metal, y de los lechos» (Mar. 7:1-4).

Este pasaje es interesante. Aquella era una tradición judía antes de comer. Los discípulos eran juzgados por no hacer aquello. Aquí hay una aclaración, solo en el evangelio de Marcos, para los gentiles que no entenderían tal costumbre.

En Marcos 7:11, hay otra palabra aramea, *Corbán*, que significa «mi ofrenda a Dios». Así les quedó claro a los romanos, y a nosotros. En Marcos 7:34, leemos la orden: *Efata*, traducida como: «Sé abierto». En Marcos 12:42, él da una equivalencia para la moneda judía de dos blancas, y menciona el cuadrante, que usaban los romanos.

«El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la pascua, sus discípulos le dijeron: ¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la pascua?» (14:12). Los ju-

díos sabían perfectamente lo que era el primer día de la fiesta de los panes sin levadura; pero era necesaria una explicación para que lo entendiesen los romanos.

«Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera» (15:22). Gólgota es una palabra aramea, y Marcos hace la traducción: el lugar de la Calavera. Efectivamente, éste es un monte pequeño que tiene esa forma.

«Cuando llegó la noche, porque era la preparación, es decir, la víspera del día de reposo» (15:42). Los lectores no entenderían lo que significaba «la preparación». Él aclara que es la víspera del día de reposo. Ese es el primer argumento.

Segundo argumento: su griego está salpicado de términos latinos. El latín es la lengua de los romanos y Marcos registra muchos términos latinos, que indican, por una parte, que él está escribiendo su evangelio en Roma, o bien, que está escribiéndoles a los romanos. Algunos vocablos latinos aquí son: legión, flagelar, jarros, centurión, cuadrante. Son palabras latinas que prueban la intención de ser más comprensible a la gente a la cual le escribe.

Y un tercer argumento: Marcos, a diferencia de Mateo, no dice nada de la relación de Jesús con la ley

mosaica. Solo en una ocasión, Marcos dice: «Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos» (15:28). Hay pocas alusiones al cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, porque los romanos no lo conocen.

3. Lucas y los griegos

Lucas también escribe a creyentes no judíos, probablemente griegos. Los testigos oculares son los apóstoles, entre ellos, Mateo y Juan; pero Marcos y Lucas no lo son. Lucas investiga y entrevista a testigos presenciales, y revisa lo ya escrito.

El destinatario del evangelio de Lucas es Teófilo, un creyente griego. Su nombre significa *amigo de Dios*. ¿Por qué le escribe a un creyente? «Para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido». Teófilo ya había sido enseñado oralmente, pero este evangelio es para él y para el mundo griego, como un registro que confirma la fe que ya les fue comunicada.

¿Cómo es que quedaron estos cuatro evangelios formando parte del canon bíblico? Hoy están saliendo a luz pública otros evangelios, llamados apócrifos, lo cual demuestra que había muchos de ellos. Había muchos escritos circulando; los creyentes comenzaron a estudiarlos, y la iglesia fue recibiendo el testimonio

del Espíritu Santo de que solo en estos cuatro relatos estaba la inspiración divina.

Esto no fue algo aprendido de la noche a la mañana. Solo en el siglo IV, un concilio declara oficialmente que solo estos cuatro son inspirados, y forman parte del canon. Pero en los primeros siglos la iglesia leyó muchos relatos y el testimonio del Señor fue prevaleciendo hasta quedar este registro final.

El segundo argumento en Lucas es que la genealogía de Cristo se extiende más atrás. Mateo la registra hasta Abraham, pero Lucas dice: «hijo de Adán, hijo de Dios». Él enfatiza que Jesús no es solo hijo de Abraham, sino también descendiente de Adán, y por tanto representa no solo a los judíos, sino a todo el género humano, pues la salvación que trae Cristo al mundo es para todos los hombres.

El tercer argumento es la universalidad. El evangelio es para todos los hombres, aun para los despreciados socialmente: las mujeres, los niños, los leprosos, los pobres.

4. Juan y las iglesias

Juan escribe a las iglesias de Asia, así lo dice el libro de Apocalipsis. Se cree que en esa época Juan moraba en Éfeso, y allí escribió su evangelio, el

último en escribirse, a fines del primer siglo, entre los años 80 y 95.

El contexto del evangelio de Juan es allí donde la fe está enfrentando las primeras herejías. Ya a fines del primer siglo, las iglesias están siendo invadidas por corrientes heréticas que atacan principalmente la persona de Cristo: los docetas y los gnósticos. Lo peor es que las iglesias están viviendo una decadencia espiritual, probablemente fruto de este mismo enfrentamiento y controversias con herejías y con movimientos filosóficos.

La iglesia se está apartando de su esencia. Por eso el Espíritu Santo mueve a Juan a escribir su evangelio, destacando ahora la divinidad del Señor, su dimensión celestial y el propósito de su venida a la tierra trayéndonos vida y vida en abundancia. Lo que se está perdiendo en las iglesias a fines del primer siglo

es precisamente la vida espiritual, la vida de Dios. Por ello, entre otras razones, podemos entender por qué Juan llama a Jesús el *Logos*, dando este enfoque a la persona de Cristo.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1). Juan no usa la palabra evangelio, sino «testimonio». Lo que él registra son testimonios de seguidores de Cristo que dan cuenta de la naturaleza divina del Señor.

Juan no comienza con el nacimiento ni con la genealogía de Jesús, sino con su preexistencia eterna. Esto no es casual. La expresión griega *Logos* está traducida como Verbo o Palabra. *«Este era en el principio con Dios, todas las cosas por él fueron hechas y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho»*. Amén.

Síntesis de un estudio impartido en Santiago (Chile), en marzo de 2018.

Poder transformador

En las Nuevas Hébridas, el Evangelio ha transformado totalmente las costumbres de los habitantes. Hace algunos años, una erupción volcánica sembró la muerte en una isla y dejó sin hogar a miles de personas. Éstas se refugiaron en islas vecinas, donde fueron recibidas con amor fraterno por los nativos, cristianos profesantes.

Un anciano cacique, hablando con un misionero sobre estos sucesos, recordó una erupción semejante ocurrida muchísimos años antes, y que los damnificados, se habían refugiado igualmente en aquella isla vecina. «¿Y ustedes los recibieron bien»? preguntó el misionero. «Nos los comimos a todos», fue la respuesta. La diferencia de trato no podía ser mayor. Solo el Evangelio podía dar razón de tal diferencia.

Reflexiones en torno a la comunión
en Cristo y en su Palabra.



La comunión cristiana

Romeu Bornelli

“

De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

– 2 Cor. 5:16-17.

Ya sabemos algo acerca de la hermosura de la comunión en la Trinidad, y de nuestra comunión con el Padre por medio de su Hijo. Al recibir a Jesús como Señor y Salvador, aquellos que fueron puestos en unión con Cristo experimentan una separación de todo lo que no es compatible con él.

La expresión de Pablo: «*Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron*», no dice que algunas cosas fueron renovadas, sino que todo fue hecho nuevo. Por la obra del Calvario, hay un abismo insalvable entre nosotros y todas las cosas. Entonces, la expresión «*todas las cosas son hechas nuevas*», requiere ser aplicada en diversos aspectos. Ahora la aplicaremos en particular a nuestra comunión.

La comunión en el Mediador

Cristo fue puesto como mediador entre nosotros y todas las cosas materiales y humanas, entre nosotros y las relaciones humanas. No hay más relaciones directas con nadie, porque nosotros fuimos puestos en Cristo, y él es el mediador de todo. Si esto no es así, ellas entorpecerán nuestra vida espiritual.

Vamos a ilustrar esto. Abraham fue llamado desde Ur de los caldeos, una tierra de paganismo. El Señor lo visitó once veces. En estas visitaciones tan ricas, Dios lo va conduciendo de gloria en gloria, desde Ur hasta Moriah. Y en Moriah, Abraham levanta su último altar. En toda su vida, Abraham edificó cuatro altares, cada uno con un sentido especial. Al llegar al final de su jornada, él está en Moriah. La palabra Moriah significa visible; luego, la idea de Moriah es un testimonio.

Dios llevó a Abraham a aquel lugar, porque allí él representaría algo. ¡Qué tremendo! Abraham era un pagano; él no conocía a Dios. En su patria había unos cinco mil tipos de ídolos. Allí, «*el Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham*» (Hech. 7:2). Luego, la vida de aquel hombre fue tratada.

¿Qué buscaba Dios? Primero, intimidad con Abraham. Y luego, repre-

sentatividad. Abraham era un ídola-tra, un pagano, pero Dios obró en él hasta conseguir un amigo. Eso es comunión, pero hubo también representatividad. En Moriah, Abraham habrá de representar nada menos que a Dios el Padre eterno. Dios dice a Abraham: «*Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas... y ofrécelo allí en holocausto*» (Gén. 22:2). Esta es una figura de la historia del Calvario – el Padre ofreciendo a su amado Hijo unigénito.

Aquel monte fue el lugar donde Salomón edificó el templo. El principio de la casa de Dios es el altar. Sin altar, no hay casa de Dios. El altar habla de la centralidad de la persona y de la obra de Cristo, y también habla de consagración. La figura de Moriah es completa: Abraham representando a Dios el Padre.

Abraham amaba a su hijo. Más aun, al mirar a Isaac, él veía «la promesa»: «*En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra*» (Gén. 22:18). No logramos evaluar el peso que eso tuvo para Abraham. Aquel era un hijo imposible, y Dios se lo concedió. El don de Dios para él tenía un nombre: Isaac. Su corazón se enlazó a ese niño, de tal forma que él se apegó a la promesa más que al Dios de la promesa. Pero Dios no cesaría de trabajar en el propio Abraham.

Cuando Isaac nació, Abraham lo puso en su tienda. Todos los patriarcas vivieron una vida de altar y de tienda. El altar significa consagración y la tienda nos habla de peregrinación. Así deben ser también nuestras vidas: consagración y peregrinación.

Abraham está ahora en Moriah, apegado al hijo de la promesa, y Dios obrará en su corazón. Abraham levanta el cuchillo contra Isaac, y oye la voz: *«No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único»* (Gén. 22:12).

Antes de Moriah, Abraham había puesto a su hijo dentro de su tienda sin que éste hubiera pasado por el altar. *«Mas el justo por la fe vivirá»* (Rom. 1:17). Todo lo que ponemos en la tienda y no pasa por el altar, corromperá nuestro corazón. En otras palabras, Dios está diciendo: *«Abraham, quita a Isaac de la tienda, para que tu corazón no se corrompa, y ponlo sobre el altar»*.

Al mismo tiempo que Dios trabajaba en Abraham, eso también era un testimonio maravilloso del amor del Padre por el Hijo, y de la entrega del Hijo por el Padre. El Padre entrega a su amado Hijo unigénito. Cuando ellos suben a Moriah, para Abraham, el hijo de la promesa era más impor-

tante que el Dios de la promesa. Pero al descender del monte, tras la experiencia del altar, el Mediador se ha puesto entre el padre de la fe y el hijo de la promesa. Ahora la fe de Abraham está apoyada en el Dios de la promesa.

La clave de la verdadera comunión

Para quienes pertenecen al Señor, no es posible el relacionamiento directo. Toda relación directa con personas o cosas corromperá el corazón. Ahora el versículo de 2 Corintios se hace más claro. Aquel que está en Cristo es una nueva creación; las cosas viejas pasaron y todo se hizo nuevo. ¡Qué clave tenemos aquí para la verdadera comunión!

Vamos a aplicar un poco más esto. Por ejemplo, ¿cómo se puede desarrollar la vida conyugal? Si cada cónyuge aprende a tener comunión en el mediador. El matrimonio no es cuestión de simpatías, ni de hallar belleza uno en el otro, ni es un pacto o un acuerdo. El matrimonio solo puede prosperar si ambos tienen comunión en el Mediador.

En el cuerpo de Cristo no hay lugar para las relaciones directas, para simpatías o antipatías. En él, todo fue hecho nuevo. Hay hermanos que se conocen por muchos años. Esas relaciones naturales tienen su lugar,

pero carecen de significado espiritual. El mundo también tiene relaciones sociales, de amistad, de trabajo. Pero solo tienen valor espiritual las relaciones establecidas en el Mediador. El Señor nos ayude a comprenderlo. Si no es así, tendremos problemas, de los cuales citaremos algunos.

Nosotros tenemos un círculo de amistades dentro de la iglesia, hermanos que nos son simpáticos, y nos gusta estar con ellos. Eso quiebra la comunión del cuerpo de Cristo. Debemos entender que nosotros ya somos un grupo selecto para Dios. Somos elegidos y santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos. Somos un pueblo en extremo especial. Dios ha hecho un pacto con nosotros. Sí, Dios ama al mundo, y dio a su Hijo como Salvador del mundo; pero Cristo solo intercede por la iglesia. Ese es nuestro privilegio.

El Señor nos ayude a comprender cuán dañada puede ser nuestra comunión si ella no está establecida en el Mediador. Por eso, Pablo dice en Efesios 4:1-2. *«Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor»*. La idea no es tolerándonos, sino poniendo nuestros hombros

bajo los hermanos, siendo un soporte para ellos.

No hay nada errado en hacer un asado juntos. Pero eso no es comunión. Nosotros rebajamos el sentido de la comunión cuando decimos: *«Vamos a tener una comunión en mi casa»*, y eso en realidad es solo comer juntos, pero no es necesariamente comunión. Si al estar juntos no tocamos al Señor, no tocamos sus verdades y su palabra, no tocamos lo que él está haciendo en su cuerpo, entonces no hubo comunión, aquello fue un momento de fraternidad, pero solo eso.

Entonces, valoremos más la comunión, impidiendo que las simpatías y las antipatías la quiebren. No busquemos servir a los amables y evitar a los no amables. Eso es solo la actividad de la carne. La iglesia no es un grupo social de confraternidad – es el cuerpo de Cristo. Nosotros somos miembros los unos de los otros. Esta es una frase tan especial de Pablo. *«Somos un cuerpo en Cristo...»*. Y con el mismo peso y fuerza, agrega: *«...y todos miembros los unos de los otros»* (Rom. 12:5).

Un pueblo que habita solo

El tiempo se acorta. Si el Señor tarda, no estaremos viviendo en la misma condición que vivimos hoy. Vean lo que ocurre hoy en las relaciones

humanas. Es una avalancha de impiedad incontenible; es el misterio de la iniquidad que irá operando de manera cada vez más violenta, atacando a nuestros hijos y nietos, y a las familias, en todos los sentidos. Tal es el mundo en el cual vivimos.

Nosotros solo tenemos a nuestro Señor, y nos tenemos los unos a los otros. Gracias a Dios por la comunión del cuerpo de Cristo. Necesitamos avanzar espiritualmente, y conocer más de la comunión de Cristo y de la comunión de la iglesia.

En Números 23:9 hay una frase muy especial. Balaam sube al monte; él había sido sobornado para maldecir a Israel, pero el Espíritu de Dios tomó posesión de él, y dice: *«Porque de la cumbre de las peñas lo veré, y desde los collados lo miraré; he aquí un pueblo que habitará confiado, y no será contado entre las naciones»*. ¡Qué verdad maravillosa! Balaam no pudo sino bendecir. Nosotros somos un pueblo que habita solo. Era verdad con Israel, y es la misma verdad de la iglesia.

«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas». Entonces, solo tenemos dos relaciones: nuestro relacionamiento con Dios en Cristo y nuestra relación unos con otros.

Cuando Dios se interpuso entre Abraham y su hijo, le demandó poner aquel don sobre el altar, para enseñarle que nunca pusiese nada entre él y Dios, ni aun sus dones. *«El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente»* (Stgo. 4:5). Tal como Abraham, nosotros fuimos llamados a ser amigos de Dios. Todo en nuestra vida pasará: familia, trabajo, bienes. Solo nuestro Amigo no pasará.

Cuando Dios da esa gran bendición y el corazón de Abraham se apega al hijo de la promesa, entonces su Amigo tiene celos. No es porque Dios necesite de algo, sino por causa de Abraham. Dios es incorruptible, pero el corazón de Abraham se puede corromper.

Veamos nuestras relaciones. ¿Cómo crecemos en la vida conyugal? Tratamos de crecer dialogando el uno con el otro, abriendo los corazones. No hay nada errado en eso. Pero esa no es la manera de crecer juntos espiritualmente.

Solo creceremos si tenemos establecida una relación de altar con Dios y una comunión el uno con el otro en el Mediador. Cuanto más próximos estemos en el Mediador, más cercanos estaremos el uno del otro. ¿Cuánto de esto es realidad hoy en nuestra vida?

El relacionamiento conyugal es único. Fue lo que Dios estableció en la tierra para dar un testimonio particular de Cristo y de la iglesia. Necesitamos avanzar en la comunión en el Mediador, para que todo lo demás tenga sentido: las alegrías, las aflicciones, los dones y las bendiciones que Dios nos ha dado.

Cinco minutos en la presencia de Dios hacen más en nuestro corazón que años de estudio bíblico.

La comunión bajo la Palabra

Vamos a un segundo paso: la comunión bajo la palabra de Dios. No es posible avanzar como iglesia si no aprendemos lo que esto significa. Lo que debe ocupar el centro de nuestras reuniones y de nuestra comunión es el Señor y su palabra.

Había en Londres un abogado no cristiano que asistía a cada predicación de Spurgeon. Y hasta donde se sabe, él nunca entregó su vida a Cristo; pero era un oyente asiduo. Cierta vez le preguntaron por qué hacía aquello, y respondió: «Porque nadie sabe decir ¡Oh! como ese hombre».

Podemos analizar esta historia de dos maneras. Aquel hombre no era cristiano, pero de alguna forma, le atraían las palabras de Spurgeon.

Como abogado, él sabía de oratoria. Ese es el lado del abogado.

¿Y cuál es el lado de Spurgeon? Cuando éste predicaba el evangelio, era como si no viera el rostro de nadie en particular; los cielos se abrían delante de él, y veía «a Jesucristo y a éste crucificado». Así predicaba

Spurgeon, y cientos de miles se convirtieron. Sin duda, Spurgeon era un hombre bajo la Palabra.

Cuando alguien predica, todos somos evaluados; estamos juntos en el mismo servicio. ¿Usaremos el púlpito para entretener contando chistes, historias y otras cosas? Al abrir nuestras bocas, ¿hay conciencia de la presencia de Dios entre nosotros? Qué tragedia es cuando la palabra de Dios es hablada y oída, sea en el púlpito o en una casa, pero no hay conciencia de la presencia divina.

La palabra de Dios y la presencia de Dios son inseparables. Pero nuestro problema es que, por falta del obrar de la cruz más profundo en nosotros, falta de comunión a los pies del Señor, falta de un espíritu de oración, todo eso hace que, a pesar de

usar su palabra, ella no carga Su presencia. Cuando Dios da su palabra, él quiere que su presencia sea una realidad en nosotros.

Jonathan Edwards era un hombre muy inteligente, uno de los grandes filósofos de los Estados Unidos. Un día, él fue ganado por Cristo. El Espíritu de Dios llenó su vida personal. Edwards era un hombre monótono. Él escribía sus sermones, se paraba en el púlpito como una estatua, comenzaba a leer, y las personas caían al suelo diciendo: «¡Oh Dios, ten misericordia de mí!». Esa era la presencia de Dios.

¿Por qué perdemos la presencia de Dios? Porque no tenemos una vida a sus pies. Hacemos muchas cosas, pero perdemos el asombro. Por eso somos tan simples. El Señor tenga misericordia de nosotros, porque si él se tarda, nuestra fe no soportará. Cuando la avalancha de impiedad crezca, el amor de muchos se enfriará. Solo podremos ser preservados permaneciendo a los pies del Señor.

David y la voz del Señor

El Salmo 29 muestra qué significa una comunión bajo la Palabra. David escribió este salmo magnífico cuando él aún era un pastor. Es posible estudiar la vida de David a través de sus salmos, y ver cómo él fue creciendo en su conocimiento de

Dios. En este salmo del pastor, él usa figuras de la naturaleza, que él conocía muy bien, y las compara con la voz del Señor.

Lo que más necesitamos entre nosotros es la voz del Señor. Pablo dice que si la trompeta da sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? Nosotros hemos vivido un tiempo tan singular, porque él, en su bondad, se nos ha revelado. Pero, ¿cuál ha sido nuestra respuesta? ¿Hemos vivido a los pies del Señor? ¿O hemos estado ocupados con su obra hace tanto tiempo, que ella ya se volvió automática? Sabemos cómo hacer las cosas, sabemos incluso cómo predicar. Pero, ¿qué hay de la voz del Señor?

¿Qué dice David al respecto? «*Voz de Jehová sobre las aguas*» (Sal. 29:3). No es posible leer este versículo sin recordar Génesis capítulo 1. «*El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz y fue la luz*» (v. 2-3). Se oye la voz de Dios sobre las aguas.

La voz del Señor pone orden en el caos de nuestras vidas. Su voz representa su gobierno. Cuando nuestros hijos no son bien gobernados por nosotros, son inquietos e inseguros. El gobierno trae seguridad. La voz de Dios pone orden en el caos. Esta es la primera admiración de David.

«*Truena el Dios de gloria, Jehová sobre las muchas aguas*» (v. 3). Por naturaleza, nuestra alma es un caos, un completo desorden. Tenemos emociones y pensamientos desordenados. «*Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago*» (Rom. 7:19). Esa es una lucha de uno que pertenece al Señor. ¿Cuál es nuestra esperanza? La voz del Señor sobre las muchas aguas.

Las muchas aguas siempre representan el caos. Por eso David ora: «*Exámíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*» (Sal. 139:23-24). ¿Qué está pidiendo David? La voz del Señor sobre el caos.

¡Cuánto caos hay en nuestros corazones! ¿Cuál es nuestra esperanza? Oír la voz del Señor. ¡Gracias a Dios por su palabra! Vivamos a sus pies y confesemos: «Señor, yo no he sido un hombre bajo tu voz. Ven a mi encuentro y ayúdame. Ordena mi caos, recupera el sentido de asombro en mi vida».

Austin-Sparks dijo: «Cuando las verdades de Dios se vuelven familiares y conocidas, corremos un gran peligro». Si alguien dice: «He estudiado tanto este asunto; tengo una biblioteca de tres mil libros, voy a todas

las conferencias», eso no significa nada en sí mismo. Solo importa si hemos oído la voz del Señor.

«*Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria*» (v. 4). Es el sentido de asombro o admiración, como aquel «¡Oh!», de Spurgeon. La gloria de Cristo nunca será para nosotros algo común.

«*Voz de Jehová que quebranta los cedros; quebrantó Jehová los cedros del Líbano*» (v. 5). Los cedros representan la altivez. Hay mucho del cedro en nosotros. Hay un lado positivo: «*El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán*» (Sal. 92:12-13). Esto habla de estabilidad, pero también el cedro es una figura de la soberbia.

Cuando David pastoreaba las ovejas, veía nubes oscuras, truenos y relámpagos que caían y quebraban los cedros. Solo la voz de Dios puede hacer eso. Nosotros necesitamos ser quebrantados. Es la clave para conocer al Señor, para servirle, y para que la soberbia no nos gane.

«*Los hizo saltar como becerros; al Líbano y al Sirión como hijos de búfalos*» (v. 6). Esto nos recuerda a Malaquías anunciando la gloria del Señor en su venida. «*Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el*

Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada» (Mal. 4:2).

¿Qué podemos experimentar ya hoy? La voz del Señor nos hace saltar de alegría. ¿Por qué ella trae gozo al corazón? Porque su voz nos conduce a la presencia divina. Si la Palabra no nos lleva a su presencia, no producirá nada en nosotros. Puede ser una buena doctrina, una gran revelación, pero no traerá ningún sentido de la presencia de Dios.

Arrepentimiento

Cada creyente, cada iglesia, es responsable de ir a los pies del Señor y decir: «Señor, perdónanos», así como Daniel en el capítulo 9 de su libro. Él vivía una vida santa, pero él ora en plural, identificándose con su pueblo. *«Hemos pecado contra ti ... Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro ... Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo»* (Dan. 9:5, 7, 19).

Lo que más necesitamos hoy es recuperar la presencia de Dios entre nosotros, para que al reunirnos, el Pastor y Obispo de nuestras almas pueda tomar la vara y el cayado, y pasear entre nosotros. Cinco minutos en la presencia de Dios hacen más en nuestro corazón que años de estudio bíblico.

Para ello, solo hay un camino: el arrepentimiento. Éste es tan simple, aunque para nosotros es duro, porque tenemos que reconocer nuestro fracaso, aun delante de los demás. Esto es verdad para todas las iglesias del Señor. Vivimos días desafiantes. Hoy no basta con abrir la Biblia y oír un mensaje. Necesitamos recuperar el vigor espiritual, el sentido de la presencia de Dios.

Ante Dios tenemos profunda alegría, reverencia y temor. Él es fuego consumidor, pero ante él también podemos decir: «Abba, Padre». Y el gozo llena nuestro corazón. ¡Necesitamos recuperar este equilibrio!

«Voz de Jehová que derrama llamas de fuego» (v. 7). El fuego es luz y calor. Dios es fuego consumidor, y también es luz. No hay tinieblas en él. Dios no puede ser burlado. Él es la luz del fuego, pero al mismo tiempo es el calor que anima y consuela. Él traerá a la luz aquello que necesita ser corregido; pero también nos cobijará en su seno.

Recuerden a Pedro. El Señor trabajó mucho en él. Cuando el discípulo negó a su Maestro, en el patio del sumo sacerdote, entonces, de lejos, Jesús lo miró sin decir palabra. Sus ojos son «como llama de fuego». El corazón de Pedro fue desnudado, pero hubo luz y calor en su corazón.

Pedro estaba tan humillado. Él había llamado anatema a Jesús. Sin embargo, por otro lado, él sabía que no tenía ninguna otra esperanza sino su propio Señor. Por eso, cuando Jesús resucitó, le envió un recado a través de aquellas mujeres: *«Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea»* (Mar. 16:7). El Señor se adelantó a marcar un encuentro con su siervo.

«Voz de Jehová que hace temblar el desierto; hace temblar Jehová el desierto de Cades» (v. 8). En Isaías 64, una vez más, vemos el asombro en la presencia de Dios. Hay un clamor: *«¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras, y a tu presencia se escurriesen los montes, como fuego abrasador de fundiciones, fuego que hace hervir las aguas, para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos, y las naciones temblasen a tu presencia! Cuando, haciendo cosas terribles cuales nunca esperábamos, descendiste, fluyeron los montes delante de ti»* (v. 1-3).

Y el bello versículo 4: *«Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera»*. Una conclusión maravillosa. Está pidiendo la presencia divina real en medio de su pueblo, porque no hay Dios como él, que trabaja a favor de aquellos que en él esperan.

Esta es la obra de Dios. Nadie sino él puede hacer su obra. Entonces, ¿qué necesitamos? Su presencia. Luego, si hemos aprendido, como iglesia, a cultivar la presencia de Dios, cuando vayamos a ayudar a otros hermanos, Dios ya estará allí obrando, convenciendo, guiando al arrepentimiento, trayendo convicción al corazón.

«Porque no saldréis apresurados, ni iréis huyendo; porque Jehová irá delante de vosotros, y el Dios de Israel será vuestra retaguardia» (Is. 52:12, versión en portugués). Esto es vital; es una clave para el servicio al Señor. Si él no es la vanguardia en todo lo que hacemos, él no será nuestra retaguardia. Dios solo se hace responsable de ser la retaguardia por aquello en lo que él mismo fue la vanguardia. Entonces, nuestra oración debe ser: «Señor, en esta situación, ¿cuál es tu tiempo? ¿Cuál es tu modo? ¿Cuál es tu palabra?».

«Voz de Jehová que desgaja las encinas» (v. 9). «La voz del Señor hace dar crías a las ciervas», dice la versión portuguesa. Su palabra es fructífera. A veces hablamos y hacemos tanto, pero solo la palabra viva del Señor es la que hace fructificar.

«...y desnuda los bosques». La palabra de Dios expone lo que somos. Nada está oculto ante ella. Cuando

Adán pecó, se escondió tras los árboles del huerto. Entonces Dios dijo: «Adán, ¿dónde estás?». La voz del Señor desnudó al hombre, y éste vio que en su conciencia había ofensa.

Todo proclama su gloria

«*En su templo todo proclama su gloria*» (v. 9). Este es un Salmo maravilloso. David, apenas un joven pastor, vio todo esto en la naturaleza. Él hizo una comparación: «Así es para mí la voz del Señor: él pone orden en mi caos, desnuda los bosques, quebranta los cedros, hace dar crías a las ciervas». Y el resultado de ello es que, en una analogía espiritual, «*en su templo, todo proclama su gloria*».

Si la palabra y la presencia del Señor fuesen una realidad viva para nosotros, ¿cuál sería el resultado? ¡Gloria! Este es el camino de nuestra comunión. Todo esto es nuestro; nada es del mundo. El Señor es nuestro; su gracia, su presencia, su palabra y sus tesoros son nuestros. Necesitamos recuperarlos.

El Señor nos ha dado una sana palabra, y nos ha dado discernimiento.

Esto es vital. Y también el trabajo y el servicio. Éfeso tenía todo aquello, pero perdió la presencia de Dios. «*Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor*» (Apoc. 2:4), el mejor amor, la relación personal íntima con el Señor, cuando él lo era todo para ellos. Pero ellos pusieron otras cosas en el lugar del Señor.

Muchas cosas pueden ocupar el sitial del Señor, comenzando en nuestros hogares: tal vez la esposa, los hijos, los bienes, la obra de Dios. Sea lo que sea, todo aquello lo eclipsará, porque nuestros ojos son velados cuando ponemos otras cosas a la par del Señor, como en Éfeso.

El Señor continúe hablándonos personal y corporativamente. Todos tenemos la misma carga, estamos en la misma barca y necesitamos recuperar la palabra y la presencia del Señor en nuestro medio. Que el Señor nos guíe a un arrepentimiento sincero, y obtenga esa gloria en su templo, porque para esto fuimos llamados. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Cholchol (Chile), en Julio de 2018.

Descansando sobre seguridades

A Michael Faraday (1791-1867), el famoso físico, le preguntaron cuando se hallaba cerca de la muerte: «¿Cuáles son sus teorías ahora?». «Teorías no tengo», respondió él, citando luego el versículo: «*Yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día*» (2 Tim. 1:12). ¿Puede usted decir lo mismo hoy?

Revisando algunos elementos prácticos sobre el anuncio del Evangelio.



Anunciando el Evangelio

C.H. Spurgeon



Porque si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme, porque me es impuesta necesidad; pues ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!

– 1 Cor. 9:16.

El hombre más destacado de los tiempos apostólicos fue el apóstol Pablo. Él siempre fue grande en todo. Si se le considera como pecador, él fue en extremo pecador; si se le ve como perseguidor, él odiaba a los cristianos y los perseguía hasta ciudades lejanas; si se le toma como convertido, su conversión fue la más notable de todas. Si lo tomamos solo como cristiano, vemos que amó a su Maestro y buscaba mostrar, más que todos los demás, la gracia de Dios en su vida.

Pero si lo consideramos como apóstol y predicador de la Palabra, sobresale de manera eminente como el príncipe de los predicadores, que compareció ante emperadores y reyes por causa del nombre de Cristo.

Una característica de Pablo era que cualquier cosa que hiciera, la hacía con todo su corazón. Era del tipo de personas que no podía desempeñar una función a medias, sino que, cuando actuaba, to-

das sus energías eran utilizadas al máximo en aquello que debía hacer.

Pablo, por tanto, podía hablar con toda la experiencia en lo tocante a su ministerio, puesto que él fue el mayor de los ministros. Todo lo que dice es importante; todo nos llega de lo profundo de su alma. Y estamos seguros de que cuando escribió esto, lo escribió con mano firme: *«Si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme, porque me es impuesta necesidad; pues ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!»*.

Estas palabras de Pablo son aplicables hoy a todos aquellos que tienen un llamado especial, que son guiados por el Espíritu Santo a cumplir la función de ministros del evangelio.

Al considerar este versículo, responderemos a tres preguntas: primero, ¿qué es predicar el evangelio? Segundo, ¿por qué el ministro no tiene de qué jactarse? Y tercero, ¿cuál es la preocupación involucrada en el versículo: *«Porque me es impuesta necesidad; pues ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!»*?

¿Qué es predicar el evangelio? Hay muchas respuestas para esta pregunta. Intentaré responder de conformidad con mi propio juicio, con la ayuda de Dios, y si no es la respuesta correcta, están ustedes en libertad de encontrar una mejor, mediante su propio discernimiento.

Exponer el evangelio completo

Predicar el evangelio es exponer cada doctrina contenida en la palabra de Dios, y dar a cada verdad su propia importancia. Los hombres pueden predicar una sola doctrina del evangelio; y yo no diría que un hombre no predica en absoluto el evangelio si solo sostuviera la doctrina de la justificación por la fe, *«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe»*. Yo lo consideraría un ministro del evangelio, pero es alguien que no predica todo el evangelio. No puede afirmarse que un hombre predica el evangelio completo de Dios, si hace a un lado, intencionalmente, una sola verdad de nuestro bendito Dios.

Este comentario mío debe ser muy punzante en las conciencias de muchas personas que, casi como un asunto de principios, no comparten ciertas verdades con la gente debido a que temen esas verdades. Yo no me atrevería a afirmar algo así. Considero que es una arrogancia suprema atreverse a decir que una doctrina no debe predicarse, cuando Dios, en su suprema sabiduría, ha querido revelarla a los hombres.

Además, me preguntaría: ¿El fin de todo el evangelio es convertir a los pecadores? Hay ciertas verdades que Dios bendice para conversión de los pecadores, pero ¿acaso no hay otras verdades destinadas a traer consuelo a los santos? Y, ¿no deberían, es-

tas verdades, ser objeto del ministerio de la predicación, igual que las demás? ¿Debo tomar en cuenta unas y descartar otras? No: si la palabra de Dios dice: «¡Consolad, consolad a mi pueblo!», entonces debo predicarla.

Pero, ¿nos corresponde a nosotros juzgar la verdad de Dios? ¿Debemos poner sus palabras en la balanza y decir: «Esto es bueno y esto otro es

cosa que deba predicarse –llámenla con el nombre que quieran–, la norma del verdadero cristiano es la Biblia, toda la Biblia y nada más que la Biblia.

Lamentablemente, muchos forjan un círculo de hierro alrededor de sus doctrinas, y cualquiera que ose dar un paso más allá de ese círculo, no es considerado como poseedor de la

Me entristece comprobar a menudo cuán poco se entiende el evangelio, aun entre algunos de los mejores cristianos.

malo»? ¿Debemos tomar la Biblia y amputarla y decir: «Esto es paja y esto es grano»? ¿Debemos deshacernos de alguna de las verdades diciendo: «No me atrevo a predicarla»? No: Dios no lo quiera. Cualquier cosa que está escrita en la Palabra de Dios, está escrita para instrucción nuestra: toda ella es útil, ya sea para reprensión o para consuelo o para la instrucción en justicia. Ninguna verdad de la Palabra de Dios debe ocultarse, sino que cada porción de ella debe predicarse según su propio sentido.

Algunos hombres se limitan de manera intencional a cuatro o cinco tópicos que predicán de manera continua. Esos individuos se equivocan tanto como los otros, dando demasiada importancia a una verdad y olvidando a las demás. Sobre cualquier

sana doctrina. En ese caso, ¡Dios bendiga a los herejes! Señor, ¡envíanos más herejes! Muchos convierten a la teología en una especie de cilindro con cinco doctrinas que rotan de manera indefinida; nunca se aventuran a otros temas. Debe predicarse toda la verdad.

Cada uno de nosotros, a quienes se nos ha confiado el ministerio, debe buscar predicar toda la verdad. Sé que puede resultar imposible tratar de decir toda la verdad. La alta colina de la verdad tiene brumas que envuelven su cima. Ningún ojo humano puede ver la cumbre; tampoco ningún pie humano la ha hollado alguna vez. Sin embargo, podemos intentar pintar la bruma, ya que no podemos pintar la cima. Intentemos describir el misterio, ya que no po-

demos explicarlo. El que quiera predicar el evangelio debe predicar todo el evangelio. Un ministro fiel no debe omitir ningún aspecto del evangelio.

Exaltar a Cristo

Si me preguntan qué es predicar el evangelio, contesto que predicar el evangelio es exaltar a Jesucristo. Tal vez ésta sea la mejor respuesta que puedo ofrecer. Me entristece comprobar a menudo cuán poco se entiende el evangelio, aun entre algunos de los mejores cristianos.

Hace algún tiempo una joven mujer se encontraba en medio de una gran tribulación en su alma; ella se acercó a un hombre cristiano muy piadoso, quien le dijo: «Mi querida amiga, debes irte a casa a orar». Yo pensé para mis adentros que eso no es nada bíblico. La Biblia no dice: «Vete a casa y ora». La pobre joven se fue a casa y oró y continuó sufriendo su tribulación. Él le dijo: «Debes tener paciencia, debes leer las Escrituras y estudiarlas». Eso tampoco es bíblico; eso no es exaltar a Cristo.

Muchos predicadores están predicando esa clase de doctrina. Le dicen a un pobre pecador convencido: «Tienes que ir a casa y orar, y leer las Escrituras; debes asistir al culto...», etc. Obras, obras, obras, en vez de: «Por gracia sois salvos por medio de la fe». Yo le diría: «Es solo Cristo quien salva; cree en el nombre del Señor Je-

sucristo». Yo no le diría a nadie, en esas circunstancias, que ore o que lea las Escrituras o que asista al templo; le presentaría la fe, la fe simple en el evangelio de Dios.

No es que menosprecie la oración; eso debe venir después de la fe. No es que diga una palabra en contra de buscar en las Escrituras; ésta es una señal infalible de ser hijo de Dios. No es que tenga objeciones en contra de ir al templo a oír la palabra de Dios. Pero ninguna de esas cosas es el camino de la salvación. En ninguna parte está escrito: «El que asista al templo será salvo», «El que lea la Biblia será salvo» o «El que ore y sea bautizado será salvo»; pero sí: «El que cree», el que tiene fe en Cristo Jesús, en su divinidad, en su humanidad, es librado del pecado. Predicar que solo la fe salva es predicar la verdad de Dios.

Tampoco reconoceré a nadie como ministro del evangelio si predica como plan de la salvación cualquier otra cosa que no sea la fe en Jesucristo; es la fe, la fe y solo la fe en Su nombre. Pero la mayoría de la gente está enredada en sus propias ideas. Tenemos tanto concepto del trabajo, tal idea del mérito y de las obras, que nos resulta difícil predicar de manera clara la justificación por la fe. Les decimos: «Cree en el Señor Jesús y serás salvo». Pero ellos tienen la noción de que la fe es algo tan maravi-

lloso y misterioso, que les parece casi imposible alcanzarla sin tener que hacer algo más.

Sin embargo, esa fe que nos une al Cordero es un don instantáneo de Dios, y aquel que cree en el Señor Jesús es salvo en el momento, sin ningún otro requerimiento. ¿Acaso no queremos exaltar más todavía a Cristo en nuestra predicación, y exaltar más aún a Cristo en nuestras vidas?

La pobre María dijo: «Han sacado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde le han puesto», y podría decir ahora lo mismo si saliera de la tumba. ¡Oh, que haya siempre un ministerio que solo exalte a Cristo! ¡Oh, que la predicación siempre lo muestre a él como Profeta, Sacerdote y Rey para su pueblo! ¡Que el Espíritu manifieste al Hijo de Dios a través de la predicación! Necesitamos una predicación que diga: «¡Mirad a mí y sed salvos, todos los confines de la tierra!».

¡Predicación del Calvario, teología del Calvario, libros sobre el Calvario, sermones sobre el Calvario! Éstas son las cosas que queremos y en la proporción en que el Calvario sea exaltado y Cristo sea engrandecido, en esa medida el evangelio es predicado en nuestro medio.

Predicar a todo el mundo

La tercera respuesta a la pregunta planteada es: predicar el evangelio es dar a los diferentes tipos de perso-

nas lo que requieran. «Sólo debes predicar al pueblo de Dios, cuando estés en ese púlpito», le dijo una vez un diácono a un ministro. El ministro respondió: «¿Has marcado a todo el pueblo de Dios en la espalda, para poder reconocerlo?».

¿De qué sirve esta gran capilla si solo voy a predicar al pueblo de Dios? Son muy pocos. El amado pueblo de Dios no puede caber en un pequeño salón. Tenemos aquí mucha gente que no pertenece al pueblo de Dios, mas ¿cómo saber si la predicación que me piden que dirija al pueblo de Dios no puede también alcanzar a alguien más?

Alguien podría decir por otro lado: «Por favor, predica a los pecadores. Si no predicas a los pecadores esta mañana, no habrás predicado el evangelio. Te oiremos solo una vez, y tendremos la certeza de que no caminas correctamente, si no predicas particularmente a los pecadores hoy, en este sermón en particular». ¡Qué tontería!

Hay momentos en que debe alimentarse a los hijos, y hay otras ocasiones en que debe advertirse a los pecadores. Hay propósitos diferentes para ocasiones diferentes. Si un ministro predica a los santos de Dios, y no dice nada a los pecadores, está actuando correctamente, siempre y cuando en otras oportunidades en que no esté consolando a los santos,

dirija su atención especial a los inconversos.

Escuché un día un buen comentario de un amigo. Una persona criticaba las fallas de las *Lecturas Diarias*, del Dr. Hawker, ya que no ayudaban a la conversión de los pecadores. Mi amigo le dijo: «¿Has leído la Historia de Grecia?». «Sí». «Pues bien, ¿no es cierto que ése es un libro inútil, puesto que no tiene por objetivo la conversión de los pecadores?». «Sí», respondió el otro, «pero la Historia de Grecia no fue escrita con ese fin». «No», respondió mi amigo, «y si tú leyeras el prefacio de *Lecturas Diarias*, verías que ese libro no fue escrito para convertir a los pecadores, sino para edificación de los creyentes, y si cumple con ese objetivo, entonces el escritor fue sabio, aunque no haya tenido otro objetivo».

Cada grupo de personas debe recibir lo suyo. Tanto el que predica solo a los santos, como aquel que predica únicamente a los pecadores y solo a ellos, y no a los santos, no predicán el evangelio completo.

Nosotros tenemos aquí una mezcla de todo. Tenemos al creyente que está lleno de seguridad y es fuerte; tenemos a aquel que es débil y de poca fe; tenemos al recién convertido; tenemos al hombre que duda entre dos opiniones; tenemos al hombre moral; tenemos al pecador; tenemos al marginado. Cada uno de

ellos debe recibir su porción de alimento a su debido tiempo.

El predicador que olvida a alguno de esos grupos no predica el evangelio completo. ¿Qué? ¿Me pueden exigir que me limite en el púlpito a predicar solo ciertas verdades, para confortar a los santos? No lo puedo aceptar. Dios les da a los hombres corazones para que amen a su prójimo y, por tanto, deben desarrollar esos corazones. Si amo a los impíos, ¿no debo tener los medios para hablarles? ¿No puedo hablarles acerca del juicio venidero, de la justicia y de su propio pecado? Creemos que debemos predicar a todos los hombres: «Cree en el Señor Jesús y serás salvo», pero si no crees en él, estás condenado.

Hablar de corazón a corazón

Hay una respuesta adicional a la pregunta. Predicar el evangelio no es citar ciertas verdades acerca del evangelio; no es hablar sobre lo que el evangelio es, sino en predicarlo al corazón, en el poder del Espíritu Santo. Es hablar de persona a persona y derramar nuestro corazón en el corazón del compañero.

Predicar el evangelio es proclamar con lengua de trompeta y celo encendido las inescrutables riquezas de Cristo Jesús, para que los hombres puedan oír, y entendiendo, puedan volverse a Dios con todo su corazón. Esto es predicar el evangelio.

El peligro del orgullo

«Porque si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme». Hay maleza que puede crecer en cualquier parte, y una de ellas es el orgullo. El orgullo puede crecer tanto en una roca como en un jardín. El orgullo crece en el corazón de un limpiabotas y crece en el corazón de un político. El orgullo crece en el corazón de una muchacha de servicio e igualmente crece en el corazón de su señora.

El orgullo puede también crecer en el púlpito. Es una hierba que se esparce de manera terrible. Requiere ser cortada cada día, pues, de otra forma, estaríamos hundidos en él. El púlpito es excelente terreno para el orgullo. Crece de manera desenfrenada, y creo que difícilmente habrá un predicador del evangelio que no confiese que tiene una fuerte tentación hacia el orgullo.

Creo que dondequiera que haya una gran asamblea y dondequiera que haya mucho ruido y agitación en relación a un hombre, hay allí un grave peligro de orgullo. Y, véanlo bien, entre más orgulloso sea un hombre, más estrepitosa será su caída al final.

Si la gente sostiene en sus brazos en alto a un ministro y deja de sostenerlo y lo suelta, ¡qué golpazo se dará el pobre al término de todo! Así les ha ocurrido a muchos. Muchos hombres han sido sostenidos en alto por otros

hombres, por los brazos de la alabanza y no por la oración; estos brazos se han debilitado, y ellos han caído.

Existe la tentación al orgullo en el púlpito; pero no hay razón para el orgullo en el púlpito; no hay terreno para que crezca el orgullo; pero crecerá de todas maneras. «No tengo de qué jactarme». Pero, a pesar de todo ello, a menudo se introduce algún motivo para enorgullecernos, no real, sino aparente para nosotros mismos.

La imperfección del ministro

Ahora, ¿cómo es que un verdadero ministro siente que no tiene de qué jactarse? Primero, porque está consciente de sus propias imperfecciones. Creo que nadie se formará una opinión más justa de sí mismo que quien es llamado constantemente a orar.

Una vez un hombre pensó que podía predicar, y cuando le fue permitido ocupar el púlpito, encontró que las palabras no fluían libremente como él esperaba y en un momento de ansiedad nerviosa y temor, se inclinó hacia delante sobre el púlpito y dijo: «Amigos míos, si ustedes se subieran al púlpito, perderían toda la soberbia que pudieran poseer».

Creo que eso les pasaría a muchos, si intentaran alguna vez la predicación. Les quitaría la inclinación a criticar y les haría pensar que, después de todo, la predicación no es tarea fácil. Cuando se predica mejor es cuando

se piensa que se ha predicado mal. Quien se ha fijado en la mente un elevado concepto de lo que debe ser la elocuencia sabrá qué tan corto se queda. Él, mejor que nadie, puede reprobarse cuando reconoce su propia deficiencia.

No creo que un hombre deba gloriarse cuando hace algo bien. Por otro lado, creo que él será el mejor juez de sus propias imperfecciones y que las verá claramente. Él sabe lo que debe ser: otros hombres no. Miran y ven y piensan que todo es maravilloso, mientras que el predicador piensa que todo es maravillosamente absurdo, y se retira meditando en las cosas en las que ha fallado.

Cualquier ministro verdadero sentirá sus deficiencias. Cuando se retira a descansar el domingo por la noche, dará vueltas en su cama porque siente que erró el tiro, que no ha tenido la vehemencia, la intensidad de propósito que requería su función. Se reprochará por no haber enfatizado lo suficiente algún punto o por haber evitado algún otro, por no haber sido lo suficientemente explícito en algún tema en particular o por haber considerado demasiado algún otro. Verá sus propias fallas, ya que Dios siempre disciplina a sus hijos cuando han hecho algo mal.

El ministro más honrado por Dios a menudo se sentirá deshonrado en su propia estima.

Los dones son prestados

Además, otro medio que nos lleva a no jactarnos es el hecho de que Dios nos recuerda que todos nuestros dones son prestados. ¡Bendigan al Señor, amigos míos, por los talentos que les ha dado! ¡Den gracias al Señor por la razón y por el intelecto que poseen! Aunque éstos no sean muy sofisticados, responden a sus necesidades; y si los llegasen a perder, pronto se darían cuenta de la diferencia.

Tengan mucho cuidado de no pensar en relación con cualquier tema: «¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué?». Recordemos que tanto la herramienta de albañil como la mezcla nos vienen de Dios. La vida, la voz, el talento, la imaginación, la elocuencia, todos son dones de Dios, puesto que él ha dado poder a su pueblo y fortaleza a sus siervos.

La dependencia del Espíritu Santo

3. Otro medio que utiliza el Señor para preservar a sus siervos de la tendencia a jactarse, es hacerles sentir su dependencia constante del Espíritu Santo. Algunos se atreven a predicar sin el Espíritu de Dios o sin haber orado. Pero pienso que ningún hombre verdaderamente llamado de lo alto se atreverá a hacer eso, sino más bien sentirá que necesita al Espíritu.

Estoy obligado a estudiar con dedicación y así no tentar al Espíritu con mensajes sin preparación. Siempre

considero mi deber pedir la guía del Señor. ¿Qué haría yo sin la inspiración celestial, ya que a ella le debo todo? Dios nos enseñará cuánto lo necesitamos. No nos permitirá pensar que hacemos algo por nosotros mismos. Cada ministro será llevado a sentir su dependencia del Espíritu; y entonces dirá con énfasis, igual que Pablo: «Porque si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme».

Una necesidad impuesta

El llamamiento del Espíritu

«...porque me es impuesta necesidad». En primer lugar, una gran parte de esa necesidad se debe al llamamiento mismo. Si un hombre es realmente llamado por Dios, lo desafía a que se niegue a aceptar ese llamamiento. Un hombre que tiene en su seno la inspiración del Espíritu Santo que lo ha llamado a predicar, no puede dejar de hacerlo. ¡Tiene que predicar!

Como fuego en los huesos, así será esa influencia. Los amigos pueden querer frenarlo, los enemigos criticarlo, los despreciadores burlarse de él, pero el hombre es indomable; él tiene que predicar si tiene el llamado del cielo. Todo el mundo lo puede abandonar; pero él no podría callarse. Sería una voz clamando en el desierto: «Preparad el camino del Señor».

El hombre que ha sido guiado por el cielo no puede ser detenido por na-

die. Ha sido tocado por Dios y nadie le impedirá predicar. ¿No es su palabra como un fuego dentro de mí? ¿Debo callar cuando Dios ha colocado su Palabra en mí?

Cuando un hombre habla en conformidad con lo que el Espíritu le da a hablar, siente un gozo semejante al cielo; y cuando termina desea volver a su trabajo de nuevo y ansía estar predicando nuevamente. Pienso que si Dios ha llamado a alguien, lo impulsará a predicar constantemente, en medio de las naciones, las riquezas inescrutables de Cristo.

Las almas necesitadas

Otra cosa que nos hará predicar: sentir la triste carencia de este mundo caído. Detente por un instante y piensa en tus pobres prójimos, piensa que los hombres se condenan por millares cada hora, y que cada vez que late tu pulso, una nueva alma abre sus ojos en el infierno en medio de tormentos.

Los hombres aceleran su camino a la destrucción, el amor de muchos se enfría y abunda la iniquidad. Te pregunto: ¿no sientes una gran necesidad? ¿No sientes el jay de mí si no predico el evangelio!?

Acércate a las camas de los moribundos y observa cómo los hombres mueren en la ignorancia sin conocer los caminos del Señor. Mira el terror en sus rostros conforme se acercan a

su Juez, sin haber conocido la salvación, sin haber siquiera conocido el camino; y mientras los ves temblando ante su Hacedor, oye la voz: «¡Ay de ti si no predicas el evangelio!». Tengamos esto presente, y entonces no podemos evitarlo, porque nos es impuesta necesidad.

Algunos creyentes son culpables a los ojos de Dios porque no anuncian el evangelio. No creo que entre nosotros no haya personas calificadas para predicarlo. Creo que sí hay muchos talentos y dones para utilizar en la predicación de la Palabra.

Éste es un asunto muy serio. Si hay predicadores, apoyemos a todo aquel que quiera decir a los pecadores cuán amado Salvador hemos hallado. Quiera Dios que todos los servidores del Señor sean profetas.

Hay algunos que deberían ser profetas, salvo que están temerosos; bien, debemos encontrar para ellos el remedio para quitarles su timidez. No puedo soportar el pensamiento de que mientras el demonio pone a todos sus servidores a trabajar, haya un siervo de Cristo que esté dormido.

Examínate a ti mismo, y si descubres alguna habilidad, entonces vé y habla a las gentes acerca de lo que deben hacer para ser salvos. No necesitas servir a tiempo completo. De cualquier manera, busca anunciar el evangelio de Dios.

Que el evangelio de Dios sea para nosotros aroma de vida para vida y no de muerte para muerte.

Contenido de dominio público.
Tomado de: www.sanadoctrina.org

Metamorfosis

En mi jardín, en la rama de un rosal, una oruga gris trepaba y tanteaba buscando un lugar apropiado para realizar su metamorfosis. Se instaló en una horquilla y pacientemente empezó a confeccionar su capullo. Como me interesaba el fenómeno, a menudo iba al jardín para no perderme detalle del proceso. En efecto, un buen día tuve la alegría de presenciar el nacimiento de una magnífica mariposa que desplegó sus alas multicolores y las dejó secar al sol. Aún era frágil y estaba como aturdida por la extraordinaria transformación que acababa de tener y deslumbrada por la luz del día.

Esa oruga y esa mariposa era un solo y único ser; había empezado su vida trepando y la terminó volando. Lo mismo sucede con el creyente. Llegará el día en que el Señor lo revestirá con un cuerpo inmortal semejante al suyo, y entonces emprenderá el glorioso vuelo hacia la casa del Padre.

LBS

Epístola de Judas

A.T. Pierson

Palabra clave: Guardados**Versículo clave: 21. 24.**

Esta es la última de las epístolas. Su autor es Judas, entre 65-80 d.C. Está dirigida principalmente a los hebreos convertidos, presuponiendo la familiaridad del lector con la historia del Antiguo Testamento. Es una advertencia contra la apostasía. La fe hace a los santos fieles, quienes, luchando por la fe y perseverando, son preservados por la gracia y presentados en gloria. El contraste es marcado entre aquellos que no guardaron su estado original y son guardados para juicio, y aquellos que se preservan y son guardados de caer.

La apostasía es presentada en ejemplos representativos de la herejía antinomiana, que transformaba la libertad de la gracia en conducta pecaminosa: el Israel incrédulo en el Éxodo, los ángeles desobedientes, los sodomitas sensuales, la justicia propia de Caín, el avaricioso Balaam, el presuntuoso Coré y los blasfemos escarnecedores.

Todos nosotros estamos, o reservados para el día de la condenación, o preservados para el día de la presen-

tación. Si permanecemos en el amor de Dios, luchando por la fe, edificándonos sobre la fe, orando en el Espíritu Santo y aguardando la venida del Señor, Dios nos preservará (nos guardará como con un ejército).

Divisiones

1. Jud. 1-2 Salutación.
2. Jud. 3 Exhortación.
3. Jud. 4-16. Advertencias.
4. Jud. 17-23. La preservación.
5. Jud. 24-25. Doxología.

Palabras sabias

He leído en Platón y otros filósofos algunas palabras que son sabias, pero nunca he leído en ninguno de ellos: «*Venid a mí todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar*» (Mat. 11:28).

Agustín de Hipona

El Manifiesto del Rey

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Mateo capítulo 5

Este capítulo no puede ser considerado separadamente de los capítulos 6 y 7, que para nuestra fortuna serán tratados después. Los tres capítulos constituyen el gran Manifiesto del Reino, tal como lo expuso nuestro Señor a sus primeros discípulos.

Se hace necesario que, primero, y en forma muy breve, demos una mirada al manifiesto en general. Comienza con un prólogo (versículos 1 y 2 del capítulo 5); sigue luego el manifiesto propiamente dicho (5:3-7:27); y termina con un epílogo (7:28-29).

El Manifiesto es una exposición de principios básicos (5:3-20); un código completo de leyes (5:21-6:34); y una serie de aplicaciones finales (7:1-27). En el capítulo que estamos considerando están incluidos el prólogo, los principios básicos y la primera parte del código de leyes.

Prólogo

El prólogo reviste una importancia especial, ya que es la clave para comprender todo lo que le sigue; nos revela la ocasión en la cual el Manifiesto fue proclamado y el método que nuestro Señor adoptó, indicándonos así el valor de todo lo que viene después.

La frase: «*Viendo la multitud*» (Mat. 5:1), nos habla de la ocasión, y para entenderla, es necesario leer los últimos tres versículos del capítulo anterior.

«Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados,

lunáticos y paralíticos; y los sanó. Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán» (Mat. 4:23:25).

Este pasaje menciona las multitudes que por este tiempo seguían y apremiaban a Jesús, las cuales habían venido de todos los alrededores de la región.

El espectáculo que esas multitudes ofrecían fue lo que le impulsó a actuar. Los versículos 1 y 2 nos describen el método que Jesús usó: *«Subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba»*.

El término «les» no se refiere a las multitudes, sino a los discípulos. No cabe duda que las gentes lo rodearon y escucharon, como lo revela el epílogo al decir: *«Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina»* (7:28).

Mas él no se estaba dirigiendo tanto a la muchedumbre, como a sus discípulos; pero podemos decir que todo lo que dijo a sus discípulos fue en interés de las multitudes; ellas estaban en su corazón.

Más tarde leemos que *«al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas»* (Mat. 9:36). Siempre la tuvo, y fue a causa de esa compasión que él llamó a sus discípulos de entre la multitud, y les habló.

Principios básicos del Reino

Estos discípulos se habían sometido a Su majestad, pero hasta aquí, no les había especificado las leyes del Reino, ni conocían las demandas que Su autoridad les impondría. En este Manifiesto, entonces, les reveló, primero, los principios fundamentales de Su obra, enunciando las aplicaciones de tales principios en un código de leyes.

Tales principios y leyes deben gobernar toda la vida humana, si es que ésta ha de resolver sus problemas, y alcanzar paz duradera. La primera necesidad de la obediencia es sumisión al Rey; y por lo tanto, a aquellos que así se sometieron, él les entregó Su Manifiesto.

Llegamos ahora a la parte de los principios básicos del Reino (versículos 3 al 20); y resumiendo, diremos que, primero, en una serie de bienaventuranzas, Jesús reveló la supremacía del carácter en su Reino (versículos 3-12); después, la intención del carácter, es decir, su influencia sobre los demás (vers. 13-16); y finalmente, insistió sobre la necesidad de la ley (vers. 17-20).

Las bienaventuranzas

Es sorprendente que, cuando el Rey enunció los principios y las leyes del reino de Dios, tocó la nota tónica del pensamiento y del propósito divino,

desde la primera palabra que salió de sus labios: «Bienaventurados». Tal es el propósito de Dios para la humanidad. Se pudo haber traducido con perfecta exactitud, «felices,» en vez de «bienaventurados»; pues realmente, tomando ambos términos como los usamos el día de hoy, el sentido de cada uno de ellos está incluido en el término que nuestro Señor empleó. La palabra «bienaventurados» sugiere la idea de un estado; mientras que la palabra «felices» describe un sentimiento interior.

Examinando las Bienaventuranzas, vemos que sus ideas revolucionan por completo todo el pensamiento humano.

Ninguna de las bienaventuranzas tiene relación con la posesión de cosas materiales. Siempre me interesó revisar las Listas de Honor que se usan en este país. Durante mi adolescencia y mi juventud encontré que los honores se conferían mayormente a personas que tenían posesiones.

La guerra cambió totalmente el motivo para otorgarlos, y se tomaron entonces como base los servicios prestados o la ejecución de determinados actos. Ya el motivo era superior, se había ascendido de nivel.

Pero en las Bienaventuranzas no encontramos ningún honor conferido a hombre alguno por algún servicio o

por algún acto realizado. Por lo tanto, los secretos de la dicha no están ni en las posesiones ni en la ejecución de ciertas acciones, sino en todo aquello que emana del carácter, y esto es fundamental en el reino de Dios.

Propósito del carácter

Lo que se nos dice después, es que el carácter tiene un propósito definido, es decir, la influencia que el carácter es capaz de ejercer. En la medida en que los creyentes se aproximen al carácter revelado en las Bienaventuranzas, así ejercerán su influencia en el mundo.

La naturaleza de tal influencia fue revelada en dos figuras de lenguaje: la sal y la luz. La sal es aséptica, es decir, tiene valor, no porque sea capaz de curar la corrupción, sino porque previene su propagación; es éste el primer efecto de la influencia ejercida por aquellos que tienen un carácter como el aquí descrito.

Pero la influencia es también semejante a aquella que proyecta la luz, y nuestro Señor se valió de dos ilustraciones para mostrarnos el valor que la luz tiene; la primera, la de la ciudad asentada sobre un monte, que indica la iluminación de grandes extensiones; y la segunda, la de la lámpara que se enciende dentro de la casa, para indicar la iluminación de lo cercano y lo inmediato.

Las leyes del Reino solo tienen aplicación en medio de aquellos que se han sometido al reinado de Cristo.

La necesidad de la ley

La última parte de la enunciación de principios insiste sobre la necesidad de la ley. Jesús dijo que no había venido a abolir la ley o los profetas, sino a cumplirlos. En relación con ello, expresó: *«Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos»* (5:20).

Así, colocando su sello sobre la autoridad del pasado, declaró que muy lejos de abrogar cualquiera exigencia ética en él contenida, estaba demandando que se cumpliera con creces todo el contenido de la ley y de los profetas. El apóstol Pablo se encargó más tarde de ilustrar el significado de lo que Jesús quiso decir, cuando echando una mirada retrospectiva a los días en que su vida estuvo totalmente condicionada por la ley y por los profetas, declaró que en cuanto a la justicia que es en la ley, él era irreprochable; y luego agregó que todo eso lo tenía como pérdida, como algo sin valor, ahora que había entrado en relación con Cristo.

Enunciación de las leyes

Todo lo anterior nos conduce a la enunciación definida de las leyes, en las cuales encontramos una interpretación de la justicia que se cumple con creces. En el resto de este capítulo están las leyes de las relaciones terrenales, y en el capítulo 6 las leyes de las relaciones celestiales.

Un hecho muy notable es el de la brevedad de este Código. Tomando en conjunto el resto del capítulo 5 y el capítulo 6, apenas suman 62 versículos; sin embargo, no hay ninguna fase o condición de la vida humana en lo individual, en lo social y en lo nacional, que no esté condicionada por estas leyes. La maravilla de tal hecho se comprende mejor cuando pensamos en todas las leyes que consigna la Constitución de Inglaterra, las cuales resultarían innecesarias si los hombres las sustituyeran por estos 62 versículos del Nuevo Testamento.

Pero yo os digo...

Recordemos que en estas leyes está sellada la autoridad del Antiguo Testamento, pero que al mismo tiempo la interpretan, ensanchándola. Las primeras palabras son: *«Oísteis que fue dicho a los antiguos»* (5:21). Algunas versiones traducen: *«Fue dicho por los antiguos»*. El cambio es realmente vital. Las cosas mencionadas no fueron dichas por Moisés, sino a Moisés; su autoridad fue divina.

La majestad del Rey se deja ver en que, aun cuando reconoce la divinidad de la autoridad de la ley dada a Moisés, agrega: «*Pero yo os digo*» (5:22). Además, nada de lo que él dijo abroga el pasado, sino que da tal interpretación a la intención divina, que no puede quebrantarse en lo más mínimo la vieja ley, ya que los centros inspiradores de la vida están ahora condicionados. Estas palabras del Rey no pueden ser leídas sin sentir el corazón lleno de temor y una sensación de desesperanza.

Dos leyes fundamentales

El examen de las leyes de relaciones terrenales será a grandes rasgos. Es interesante hacer notar que nuestro Señor no se refirió a los Diez Mandamientos, sino a solo dos de ellos; a los cuales agregó dos leyes más, tomadas ciertamente de la economía mosaica, pero no contenidas en el Decálogo. En los dos mandamientos a los cuales se refirió, reveló los fundamentos de la sociedad humana; y en las dos leyes fuera del Decálogo, reconoció los pilares de la misma; y luego lo concluyó todo, mostrando el secreto último de la constitución verdadera de dicha sociedad.

Las dos leyes que revelan los hechos fundamentales de la sociedad humana fueron dadas primero, por medio de una cita: «*Oísteis que fue dicho a los antiguos, no matarás ... Oísteis que fue dicho, no cometerás adulte-*

rio» (5:21, 27). Si se quebrantan estas leyes, la sociedad no puede mantenerse unida; si se observan, entonces ésta puede edificarse; la primera de ellas es individual, y la segunda tiene sentido social.

1. La santidad personal

En la primera, que prohíbe el asesinato, nuestro Señor procedió a interpretarla, diciendo: «*Cualquiera que se enoje contra su hermano*»; es decir, debe eliminarse el enojo. Tenemos otra ilustración clásica de lo mismo en la primera epístola de Pablo a los Corintios, cuando dice que «*el amor no se irrita*». Ambas ideas armonizan; la de Pablo, derivada de la de Jesús. El mandamiento es en el sentido de que no debe existir enojo contra un hermano; puede haber irritación contra el pecado, pero no contra el pecador, lo cual no es lo mismo.

Donde no hay enojo, no habrá posibilidad de insultar a nuestro hermano llamándole necio. Por lo tanto, la ética de Jesús demanda que los súbditos de su Reino sean hombres y mujeres de tal naturaleza, que el asesinato se haga imposible por la ausencia de enojo, de menosprecio y de insulto. De esta manera, la ley sobre la cual él puso su sello como una ley fundamental, es ley que reconoce la santidad de la personalidad humana, y el derecho de todo individuo a vivir libre de molestias de cualquier otro.

2. La santidad en la familia

La siguiente ley enunciada fue: «No cometerás adulterio». Esta no fue dada solo para cuidado de la castidad personal. No quiero decir que no tenga esta aplicación, pero el pecado del adulterio nunca es pecado de un solo individuo; es pecado que destruye la familia, la cual constituye el primer círculo de Dios en la sociedad. La interpretación del Rey es de tal naturaleza, que hace este acto imposible, pues advierte que el secreto del mal reside en el deseo, y donde éste es resguardado, no puede exteriorizarse la acción que pudiera comprometer la santidad de la familia.

Las dos leyes citadas e interpretadas, constituyen así los verdaderos fundamentos de la sociedad humana; el primero, exigiendo el derecho que tiene todo individuo a vivir, y a vivir en plenitud; y el segundo, insistiendo en el mantenimiento de la pureza de las relaciones matrimoniales en interés de la familia. Y aquí nuestro Señor declaró que es preferible la mutilación de cualquiera de los miembros de nuestro cuerpo, antes que la violación de la ley.

Verdad y justicia

Si los mandamientos anteriores son los fundamentos de la sociedad, hay dos leyes que constituyen sus pilares; la primera de ellas la citó el Señor, no del Decálogo, sino de las otras leyes

mosaicas: «Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos» (v. 33). Él hizo hincapié en esta ley, diciendo: «No juréis en ninguna manera», agregando que el cielo es el trono de Dios y la tierra el estrado de sus pies.

El primer pilar de la sociedad, entonces, es la verdad en toda su sencillez, la cual no necesita que se le dé importancia por forma alguna de juramento. El conocimiento de Dios, sea en el cielo o en la tierra, o en la personalidad humana, producirá verdad interior, y en consecuencia, la manera cómo nos expresemos estará caracterizada por la sencillez de nuestro dicho. Todos sabemos del valor de la sencillez en el hablar, aun cuando no siempre podemos practicarla. Cuando alguien dice, tratando de convencer a otro: «Te juro que así es», lo único que hace es despertar la duda. El juramento siempre implica la posibilidad del engaño.

De nuevo tenemos una cita de las leyes mosaicas: «Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente» (v. 38). Esta ley demanda justicia estricta, la cual es el segundo pilar para la edificación de la sociedad. El Rey interpretó de una manera notable esta ley, cuando afirmó que, para que haya realmente justicia estricta, debe seguirse la conducta de la no resistencia personal. Y para hacer más cla-

ra la idea, se valió de una ilustración llena de poesía, pero muy práctica: si un hombre toma mi ropa, debo dejarle también mi capa; si me obliga a ir con él una milla, debo ir con él dos.

De pronto, uno se pregunta si tales cosas representan la justicia estricta; pero, considerémoslas. Si la justicia exige la ropa, se cumple con la exigencia si también se da la capa; si la justicia demanda que vaya una milla, ciertamente que he cumplido su demanda si camino dos. En cada caso, el superávit sobre la justicia estricta asegura su cumplimiento, acerca del cual no puede existir ninguna duda.

Es necesario recordar, en relación con lo antes dicho, que éstas son las leyes del Reino; es decir, que solo tienen aplicación en medio de aquellos que se han sometido al reinado de Cristo. El aplicarlas sin distinción a los rebeldes puede servir para estimular aquello que no es verdadero.

La última parte nos revela el gran secreto para mantener en seguridad a la sociedad así fundada y edificada. La cita que usó Jesús fue tomada del código de leyes de Moisés no incluidas en el Decálogo: *«Oísteis que fue dicho: amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo»* (v. 43).

Conclusión

En el Reino, donde la justicia se cumple con creces, queda prohibido el odio, y el amor se convierte en algo supremo; ha de ser manifestado aún para los enemigos. La oración ha de elevarse por aquellos que nos persiguen, y los parabienes han de prodigarse independientemente del mérito. Todo esto, porque los súbditos del Reino han de manifestar el carácter y la conducta del Dios *«que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos»* (v. 45). El amor nunca se deja gobernar por calculadora prevención; cuando la sociedad esté completamente dominada por el amor, todos sus problemas serán resueltos.

La consideración de estas leyes de relaciones terrenales, provoca en nosotros, si somos perfectamente honrados, un efecto único – el de nuestro sentido de impotencia. Si esto es todo lo que el Rey tiene que decirme, admito la perfección del ideal, pero encuentro que éste me condena por mi fracaso. ¿Tiene Él algo más que decir? Sí, lo tiene; y ello veremos en los capítulos que siguen.

De Los Grandes Capítulos de la Biblia.

La fe de Quarrier

A William Quarrier (1829.-1903), filántropo escocés, fundador de muchos hogares para huérfanos que hoy llevan su nombre, le preguntaron si tenía una fe muy fuerte. «No», fue su respuesta». «Soy un hombre que tiene una fe muy débil en un Salvador muy fuerte».

Escogiendo un compañero

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” (2 Cor. 6:14).

En relación a la elección de cónyuge, los hermanos y hermanas jóvenes deberían estar abiertos y sin prejuicios ante Dios, abordando el tema de manera objetiva y no subjetiva. El ser muy subjetivo hace que el corazón y la mente estén muy apasionados para permitir ver con claridad, o para verlo todo. Es importante aprender a mantener la calma y la objetividad, y meditar todo con reposo delante del Señor. No tomar ninguna determinación en el solo impulso de la emoción.

Un cristiano puede ingresar al matrimonio pero no puede salirse de él. Los cristianos no podemos comportarnos como la gente del mundo que fácilmente se casa y de igual manera se divorcia. No podemos salir fuera. Por lo tanto, antes de casarse, considérenlo cuidadosamente.

Deseo mencionar algunas condiciones básicas para elegir a un compañero, yendo desde lo exterior a lo in-

terior, con la esperanza de que los hermanos y hermanas jóvenes puedan examinarlas tranquilamente, una a una, ante Dios.

La atracción natural

El matrimonio entre Jacob y Raquel se concretó con más facilidad que el de Jacob y Lea, porque aquél estaba basado en el afecto natural. No debemos despreciar el atractivo natural. Al elegir un compañero, no todo hermano o hermana es idóneo. Ser hermanos en la fe no implica una cuestión de atracción, pero el unirse en matrimonio requiere la consideración de varios factores, uno de los cuales es la atracción.

Cuando tú estás eligiendo pareja, tienes que amar el estar con la otra persona y disfrutar de su compañía. No se trata solo de soportar su presencia, sino que debe haber placer en estar juntos. Si no disfrutas de su

compañía, no debes casarte, porque una sola condición básica no es suficiente. Por otra parte, tal deleite de aquella compañía no será algo temporal; más bien, debería ser de larga duración. Ambos deben sentir que, aun después de treinta o cincuenta años, aún les gustará estar juntos.

Salud

Para que un matrimonio prospere, creo que tanto el hombre como la mujer deberían ser relativamente sanos. Ninguno de ellos debe estar gravemente enfermo; puesto que en un momento de prueba extrema la carga puede llegar a ser insoportable.

Herencia

El matrimonio debe ser considerado fríamente desde un punto de vista a largo plazo. Por lo tanto, la cuestión de la herencia debe ser tenida en cuenta. Debes considerar la salud de sus antepasados, así como la de tu cónyuge potencial.

Trasfondo familiar

Un proverbio occidental dice: «Me caso con ella, no con su familia». Esto no es del todo cierto, ya que cuando una joven se casa, su familia también suele hacerse presente.

En mayor o menor grado, una persona es influenciada por su familia. Al considerar el matrimonio, se debe prestar atención a la norma moral de

la familia de la otra persona. ¿Son ellos de ideas nobles? ¿Qué tan estricto es el estándar que mantienen? ¿Cuál es la actitud de los hombres hacia las mujeres, y viceversa? Analizando detalles como éstos, se puede deducir con seguridad cómo será su futuro hogar.

Un hijo o una hija que vivió bajo la educación de su familia durante veinte años más o menos, inconscientemente, llevará al nuevo hogar las formas de su casa paterna. Esto ocurrirá aun si él o ella están insatisfechos con su familia de origen. Tarde o temprano, las viejas formas surgirán. No digo que será así siempre, pero me atrevo a decir que esto ocurrirá en siete u ocho de cada diez casos.

Aunque las viejas costumbres familiares puedan no aparecer todas a la vez, ellas se irán filtrando gradualmente. Así que los jóvenes necesitan saber que, para salvaguardar el éxito de su matrimonio, deberían observar estas cosas y sopesarlas cuidadosamente, una por una.

La edad

1. Edad física

Por lo general, las mujeres maduran antes que los hombres, pero ellas también envejecen más rápido. Las mujeres suelen madurar unos cinco años por delante de los hombres, pero envejecen alrededor de diez años antes. Así que en el matrimo-

Hay atracción natural en el amor, pero la atracción natural o física por sí sola no es amor.

nio, en lo que respecta al cuerpo físico, es admisible que el hombre sea cinco, seis o incluso siete u ocho años mayor que la mujer.

2. *Edad mental*

Por otro lado, tenemos la edad mental. Es muy posible que alguien sea maduro físicamente, aunque mentalmente sea un niño; viejo en el cuerpo, pero joven en su mente. Alguien puede ser mayor de treinta años en lo físico, pero tener una edad mental de veinte años. Por esta razón, es permisible para un hermano cuya mente madura antes, casarse con una hermana algo mayor, cuya mente aún es joven.

La decisión depende de si se presta más atención a la edad física o la edad mental. En cuanto a la edad física, es mejor para el futuro esposo ser mayor que la esposa. Pero en cuanto a la edad mental, está bien para ella ser mayor que él. Esto es algo que cada uno debe decidir por sí mismo.

Temperamento e intereses

Las cinco consideraciones anteriores tienen que ver con lo físico. Continuando con nuestro tema, examine-

mos ahora aquello que está más relacionado con el carácter.

Para que un matrimonio tenga éxito, no solo debe haber atracción física, sino también coincidencia de temperamento, intereses y objetivos. Si las naturalezas e intereses están demasiado separados, con el tiempo, la familia perderá su paz, y tanto el marido como la esposa se verán afectados. Los jóvenes deben saber que la atracción natural o física es temporal, pero el temperamento es más permanente.

El amor entre los incrédulos es, sobre todo, atractivo natural. No es el amor que la Biblia menciona. Hay atracción natural en el amor, pero la atracción natural o física por sí sola no es amor. El amor incluye el atractivo natural, pero también la afinidad de temperamento. Son dos elementos fundamentales: la atracción natural y la coincidencia de temperamento e intereses.

La aceptación del otro

Muchos tienen el concepto errado de pensar que pueden cambiar la conducta de otra persona. Esto nunca sucede. Para que el Espíritu Santo cambie el carácter de alguien, se requiere mucho tiempo. Entonces, ¿cómo podrías tú tener éxito en esta tarea imposible? El matrimonio no tiene el poder de cambiar la naturaleza de nadie.

Muchos hermanos y hermanas, conscientes de la disparidad de sus temperamentos, esperan con optimismo un cambio, pero éste no llega. Si hay una esperanza en el mundo que está condenada a la desesperación, ésta ciertamente lo es. Todavía no he visto a un marido que haya cambiado a su mujer, o una mujer que haya cambiado a su esposo.

En el matrimonio solo consigues bienes prefabricados, no bienes hechos a pedido. Sea lo que sea el hermano o la hermana, eso es lo que tienes. Antes de casarte, debes observar primero si la condición real de él o ella es recomendable o no, ya que después no puedes esperar cambiar su carácter para que se adapte al tuyo.

Debilidades

Lo anterior se refiere solo a las diferencias de naturaleza sin involucrar un problema moral; sin embargo, ahora veremos que los seres humanos tienen debilidades.

¿Qué se debe hacer en relación a las debilidades de la otra parte? Esto es algo difícil de decidir para un desconocido. Antes de que los hermanos y hermanas jóvenes se casen, deben averiguar las debilidades de su pareja propuesta. Estos deben ser hallados antes de comprometerse en matrimonio, no después. Es un error buscar tales debilidades con posterioridad. Es más que errado: es necio.

Después del matrimonio es demasiado tarde para hacer tal cosa.

Una vez casados, ambos deben ser tan ciegos y sordos como sea posible. Incluso sin mirar, ellos verán mucho. ¿Qué pasará entonces si se busca cuidadosamente? El matrimonio no es una ocasión para buscar fallas. Ellos no deben usar sus ojos después de casados. Pero antes de estar comprometido, en el momento que estás eligiendo tu compañero, no seas tan cegado por la atracción natural al punto de no darte cuenta de las debilidades de la otra persona. No estés tan ansioso por el matrimonio de manera que no puedas ver ninguna debilidad en ella (o en él).

El carácter

Para que un matrimonio sea exitoso, es necesario que ambos tengan respeto mutuo. Si uno de ellos mira al otro con menosprecio, la familia está condenada al fracaso. El marido debe respetar el carácter de la esposa; la esposa debe apreciar la calidad del carácter de su marido. Esto no es una cuestión de temperamento o de debilidad, sino de carácter.

Consagración

El primer grupo de elementos en este ejercicio sobre la elección de un compañero toca el aspecto físico; el segundo aborda cuestiones de la personalidad o el carácter — el lado aní-

mico. Ahora, en el tercer apartado, consideraremos el lado espiritual.

1. *Un mismo propósito*

Un cristiano no debe casarse con un incrédulo. Debemos comprender que, para alcanzar el más alto sentido del matrimonio, debe haber unidad de propósito espiritual, además de la atracción física y las naturalezas complementarias.

Esto significa que ambos deben tener el deseo de servir a Dios. Ambos deben estar plenamente comprometidos con el Señor, y ambos deben vivir para Dios. Esto es más importante que tener un carácter admirable. Aunque esto último no puede ser omitido, lo primero es vital en absoluto. En las cosas grandes y pequeñas, ambos deben vivir para el Señor. Tal matrimonio tiene una base sólida, porque las dos partes tienen un fuerte lazo de unidad ante Dios.

2. *Cristo como Señor*

En una familia que tiene unidad de propósito, no hay conflicto en cuanto a quién está en la posición de la cabeza y quién obedece. Cristo es la cabeza que debe ser obedecida. Cristo es el Señor de la casa. El problema de la sujeción es eliminado por com-

pleto. Muchos maridos y esposas pelean, no porque ellos se cuiden de lo bueno y de lo malo, sino porque quieren imponer sus propias ideas.

Si ambos son cristianos consagrados, este problema sería inexistente. Ambos estarían dispuestos a humillarse delante del Señor, siendo capaces de confesar sus culpas. Dado que ambos desean por sobre todo hacer la voluntad de Dios, todo se puede resolver sobre esa base.

Los hermanos y hermanas jóvenes deben saber que deben estar totalmente consagrados. Si ambas partes en un matrimonio sirven al Señor con todo su corazón, la probabilidad de éxito en su unión es sumamente alta. A pesar de que pueda haber algunas diferencias naturales y a pesar de que la atracción física pueda desvanecerse un poco, la familia prosperará sin impedimentos.

Que los hermanos y hermanas jóvenes puedan verificar si hay condiciones para el matrimonio, definidas en estas tres líneas: la física o externa, la psicológica y la espiritual. Todas ellas necesitan ser puestas en su posición correcta.

Traducido de *Spiritual Exercise*, cap. 32.

El sentido de nuestro llamado

La fe cristiana, en su verdadera interpretación, nunca fue popular. Nosotros somos invitados a participar, no de la popularidad de Cristo, sino de su impopularidad.

J. Oswald Sanders

Una vida de abnegación

Semblanza de Ana Judson, una mujer de Dios (1789-1826).

«Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra» (Sal. 139:9-10).

Primeros años

El nombre Adoniram Judson¹ es familiar a los que conocen algo de la historia de las misiones. Fue uno de los primeros misioneros que salió de los Estados Unidos. Muchos creyentes hoy también conocen su vida. A pesar de esto, ¿cuánto saben acerca de Ana Judson, su esposa? ¿Era Ana solo la esposa de un misionero? ¿O era ella su igual en lo que se refiere a consagración, espiritualidad y disposición para sufrir por la causa de Cristo y las almas de los hombres?

Ana Hasseltine nació en Bradford, Massachusetts, en 1789. Su ideal era disfrutar de la vida en plenitud. Ana, la menor de cinco hermanos, era muy popular en los eventos sociales del pueblo. Aunque asistía a la iglesia con regularidad, su interés principal eran sus amistades y su vida social.

En 1805, cuando Ana tenía dieciséis años, hubo un avivamiento en su tranquilo pueblo. Un maestro empezó a hablar acerca de la salvación y la necesidad de una conversión personal. Ana, sus padres y hermanos, al igual que una de sus amigas más cercanas, llamada Harriet Atwood, se convirtieron a Cristo.

Escribió en su Diario que ella pensaba que, teniendo una buena moral, podía escapar del infierno. Aunque a veces sentía culpabilidad por sus pecados, la ignoraba, llenando su vida de placeres y diversiones. Hasta que un día leyó el versículo: «*Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta*» (1 Tim. 5:6). Luego leyó *El Progreso del Peregrino*, y quiso vivir una vida piadosa, pero siguió titubeando. Incluso lloraba por sus pecados, para luego volver a las diversiones de la vida social.

¹ Adoniram Judson (1788-1850). Misionero participante en la primera agencia de misiones foráneas de Norteamérica. Tras convertirse a Cristo, desarrolló un celo ardiente por las misiones. Predicó el evangelio en Birmania y tradujo el Nuevo Testamento al idioma birmano. Su biografía fue publicada en la revista *Aguas Vivas* N° 38.

Finalmente, Ana comprendió la verdad acerca de la pecaminosidad de su propio corazón. Su vida cambió, al convertirse en seguidora de Cristo, y disfrutaba de la verdadera dicha fundada en la obra de Cristo a favor de ella. Comenzó a demostrar comprensión y habilidad para expresar las verdades más profundas de la fe. Empezó a orar pidiendo que el Señor preparara su corazón para la obra que él quería que ella realizara.

Ana anhelaba enseñar a otros la grandeza de la fe. Leyó a los escritores teológicos de su época, como Jonathan Edwards. Fue maestra de escuela varios años, labor que se tomaba muy en serio. Oraba por la conversión de sus alumnos, y en su Diario mostraba evidencias del anhelo de que Dios fuera glorificado por medio de conversiones en otros países. Al leer la vida de David Brainerd, se sintió muy impactada, al igual que motivada por vivir una vida santa.

En junio de 1810, cuando Ana tenía veintiún años, cuatro estudiantes que irían como misioneros a otros países, visitaron su iglesia y se hospedaron en el hogar de los Hasseltine. Uno de ellos era Adoniram Judson. Ana lo cautivó de inmediato. No es de sorprender que él se preguntara si ella sería la respuesta a una de sus oraciones. No solo le cautivó su belleza, sino su espíritu de consagración y su preocupación por la obra misionera.

Adoniram le escribió después pidiéndole iniciar un noviazgo. Ella contestó que él debería consultarle a su padre. Entonces, él le escribió al padre de ella, pidiendo su mano: «Debo preguntarle si usted consentiría en separarse de su hija a principios de la próxima primavera para no volver a verla en este mundo; si consentiría en que ella partiera a un país pagano y se sujetara a las pruebas y sufrimientos de una vida misionera; si consentiría en que se expusiera a los peligros del océano y la influencia fatal del clima del sur de India y a toda clase de carencias y angustias y situaciones degradantes, insultos, persecución y quizá una muerte violenta. ¿Puede consentir a todo esto por Aquel quien dejó su hogar celestial y murió por ella, y por las almas perdidas que perecen, por Sion y la gloria de Dios? ¿Puede consentir a todo esto con la esperanza de encontrarse pronto con su hija en la gloria, con una corona de justicia iluminada por las aclamaciones de alabanza al Salvador, de los paganos salvados de una condenación y perdición eterna, gracias a ella como instrumento del Señor?».

Juan y Rebecca Hasseltine dejaron a su hija menor tomar su propia decisión. Ana tuvo una profunda lucha espiritual al examinarse a sí misma y ver el costo que aquello implicaba. Después de todo, ¿sería la primera mujer de Norteamérica en ir a otro

país como misionera! Pero una vez decidida, nadie pudo disuadirla de su propósito de seguir el llamado de Dios. En la primavera de 1811, su amiga Harriet tomó la misma decisión, y se casó con Samuel Newell, que también había sido uno de los cuatro visitantes.

El 1 de enero de 1811, Adoniram Judson escribió: «Sea este un año en que te eleves por encima de las cosas terrenales y estés dispuesta a hacer la voluntad de Dios. Sea este año cuando cambies tu nombre, cuando te despidas de tus familiares y tu patria, para cruzar el océano y vivir al otro lado del mundo entre un pueblo pagano. ¡Qué cambio tan grande sucederá este año en nuestra vida!».

El 5 de febrero de 1812 se casaron y se despidieron con emoción y lágrimas de sus familiares y amigos. El 6 de febrero se realizó la ordenación de Adoniram Judson y Samuel Newell, y partieron para la India el 18 de febrero de 1812, llegando a Calcuta el 18 de junio del mismo año, listos para servir a su Señor del modo como él quisiera. ¡Poco se imaginaban por qué rumbo les llevaría esa senda!

A India y Birmania

Al partir, Ana escribió en su Diario: «Me despedí de mis amigos y mi tierra. Durante tanto tiempo había anticipado la prueba de la partida, que me resultó más tolerable de lo que

había temido. Pero igual mi corazón sangra. Oh América, tierra mía, ¿tengo que dejarte? ¿Tengo que dejar a mis padres, mi hermana y mis hermanos, mis queridos amigos y los recuerdos de mi juventud?».

El 27 de febrero de 1812 escribió mientras surcaban el océano: «La luna llena se reflejaba en el agua, y todas las cosas a mi alrededor conspiraron para darme sensaciones agradables aunque melancólicas. Mi patria, mi hogar, mis amigos y los placeres a los cuales había renunciado vinieron a mi mente. Las lágrimas brotaron sin consuelo. Pero, casi de inmediato, el pensamiento de haber dejado todo eso por la amada causa de Cristo, y la esperanza de un día ser instrumento para guiar a las mujeres desdichadas a aceptarlo como su Salvador, calmaron mi dolor, secaron mis lágrimas y me devolvieron la paz».

Ana estaba convencida que, aunque no sabían lo que les deparaba el futuro, Dios sí lo sabía. Tal era su convicción en la providencia y soberanía de Dios mientras pasaban su luna de miel en un barco rumbo a la India. Sin duda, la presencia de Dios estaba en este lugar y en cada lugar por donde anduvieran.

Después de varios meses, llegaron a la India el 14 de junio de 1812. Sus corazones palpitaban de alegría y de ansiedad al pensar que su ministerio tal vez sería allí. Pero al llegar, ambos

se sintieron abatidos al ver los actos de idolatría, la pobreza, esclavitud y la espantosa miseria de la gente.

De inmediato tuvieron que enfrentar varios problemas. Primero, buscar un lugar dónde servir. Segundo, debido al estudio del griego durante el viaje, Adoniram y Ana se hicieron bautistas. El 6 de septiembre de 1812, un pastor asociado de Guillermo Carey los bautizó en Calcuta.

Pero, ¿dónde trabajar? Este era su mayor dilema. Fueron forzados a tomar una decisión cuando en noviembre del 1812, la Compañía de las Indias Orientales les ordenó salir de la India y regresar a Londres. ¡Parecía que su carrera misionera había terminado aun antes de empezar!

Pero el Señor abrió las puertas para que zarparan rumbo a la Isla de Francia a principios de diciembre de 1812. Cuando llegaron, fue solo para encontrarse con noticias inesperadas. Harriet Newell, la amiga de la infancia y compañera misionera de Ana había fallecido.

Antes de dejar la Isla de Francia, Ana visitó la tumba de Harriet y escribió en su diario el 10 de abril: «Acabo de regresar de la tumba de Harriet. La visita despertó sentimientos dolorosos. Apenas días atrás estaba con nosotros en el barco compartiendo oraciones y alabanzas. Ahora su cuerpo se convierte en polvo, en una tie-

rra de extraños, y su espíritu se ha sumado a la compañía de los seres santos alrededor del Trono, donde puede cantar cantos más jubilosos que cuando era peregrina aquí en la tierra».

En aquellos días, Ana esperaba un bebé. Entonces, el Señor les abrió una puerta para ir a Birmania. Otros habían intentado trabajar allí, pero el budismo copaba la nación; aún seguía sin ser evangelizada, y su gobierno se oponía al cristianismo. La travesía rumbo a Birmania fue un viaje muy triste: su hijito nació muerto, y Ana también casi pierde la vida.

Al llegar a Rangún, encontraron una ciudad plagada de moscas, ratas y muchas alimañas. Es fácil comprender que ellos se sintieron muy deprimidos. Pero Dios restauró la salud de Ana y comenzaron a instalarse. Durante los años siguientes, ambos se entremezclaron con la gente del lugar y aprendieron el idioma, y aprovechaban cada ocasión en sus conversaciones con la gente para anunciar el evangelio.

Al comienzo de 1815, Ana se volvió a enfermar de gravedad, y no había médicos en Rangún. Tuvo que viajar de nuevo a la India para recibir tratamiento. Volvió a recuperarse y regresó a Birmania, donde el 11 de septiembre de ese año dio a luz a su segundo hijito, Roger Williams. Todo esto sin médico o ayuda, excepto la

de su esposo. Se sintieron alentados por su bebé que nació sano, y también por el avance que lograban con el idioma y la habilidad que ahora tenían de compartir el evangelio en lengua nativa. Pero al poco tiempo escribió en una carta a los suyos en Norteamérica las siguientes tristes palabras:

«Poco me imaginaba cuando les escribí mi última carta que la próxima estaría llena del triste tema que tengo que comunicarles ahora. La muerte entró en nuestra morada nuevamente, e hizo de la familia más feliz, la más desgraciada. Nuestro pequeño Roger, nuestro hijito amado, fue sepultado hace tres días. Durante ocho meses disfrutamos del precioso regalo, en los cuales se entrelazó tanto con nuestro corazón, que su existencia parecía indispensable para la nuestra. Pero Dios nos ha enseñado con las aflicciones lo que no aprenderíamos a través de sus misericordias: que nuestros corazones son su propiedad exclusiva, y sea cual sea aquello que se inmiscuya, él lo quitará. No osamos preguntarle a nuestro Soberano por qué ocurrió esto. ¡Oh, que no sea en vano lo que él ha hecho!

Esta experiencia sería una de las más tristes que sufrirían ambos. Tras la muerte del pequeño Roger, se abocaron con renovados bríos a la obra de Dios. Mientras Adoniram traducía

y avanzaba más en el idioma, Ana inició una escuela para niñas; sus alumnas llegaron a ser veinte y luego treinta. Aunque Rangún era un lugar de miseria, se negaban a irse. Sabían que su visión abarcaba mucho más que el futuro inmediato, evitando la tentación de procurar triunfos visibles pero falsos.

Dios comenzó a enviar a simpatizantes, pero no fue hasta julio de 1819 que vino el primer convertido, después de seis años de predicación. Luego, dos misioneros nuevos contrajeron tuberculosis, y uno de ellos no sobrevivió. Huyendo de allí, navegando hacia Bengala, el 7 de agosto de 1819, Edward Wheelock se arrojó por la borda y murió ahogado.

¿Estaba Ana desalentada ante estas desilusiones? Le escribió a su hermana que si tuviera la ocasión de volver a tomar una decisión con relación a la vida misionera, tomaría la misma. Decía que si algo había aprendido desde su salida de los Estados Unidos, era conocer su malvado corazón. No había en el alma de Ana o de su esposo ninguna idea de volverse atrás, a pesar del pasado o del futuro.

Años posteriores

Tomó seis años para que los Judson vieran a personas convertidas al Salvador; pero para 1820, diez verdaderos convertidos habían dejado todo para seguir a Cristo. Luego, cuando

el ministerio comenzaba a dar fruto, Ana volvió a enfermarse; regresar a Norteamérica era su única esperanza de recuperación.

El 21 de agosto de 1821 partió a Calcuta; pero desde allí le fue imposible conseguir pasaje en un barco rumbo a los Estados Unidos, y tuvo que viajar a Inglaterra en enero de 1822, desde donde se embarcó hacia los Estados Unidos en agosto de 1822, tras estar separada por casi un año de Adoniram.

Escribió al partir de Inglaterra: «Si termino el viaje con vida, la próxima tierra sobre la cual caminaré será mi amada Norteamérica, la tierra donde nací. No puedo imaginar estar de regreso en mi querido hogar en Bradford, entre los lugares de mi juventud donde cada rincón tiene un tierno recuerdo. Pero la idea constante de que mi querido señor Judson no participa de mis alegrías, las estropea todas».

Ana Judson volvió a su patria diez años después de su despedida en 1812. Aunque la visita estuvo llena de gozo, su salud empeoró. El clima frío la afectaba mucho, y el dolor en el costado y la tos volvieron para asolarla. Además, las prácticas médicas en esa época no la ayudaron.

A pesar de todo, ella decidió volver a Birmania. Se embarcó para Calcuta el 23 de junio de 1823 y llegó a Birmania

el 8 de diciembre. Adoniram estaba dichoso de verla y más porque no la esperaba, ya que las comunicaciones con los Estados Unidos eran muy lentas. Ya casi temía que ella no regresaría, debido a su salud. Ahora, juntos una vez más, renovaron su amor por el Señor y el uno por el otro. ¡Y en ausencia de Ana, su esposo había completado la traducción del Nuevo Testamento al idioma birmano! Todo esto le dio una nueva chispa de fe y esperanza a la obra de Dios en un lugar tan difícil.

Pasado un tiempo, ambos decidieron trasladar su obra a Ava. Pero al poco tiempo, estalló la guerra entre Birmania e Inglaterra. Adoniram y Ana cayeron en desgracia con el gobierno de Birmania. Los oficiales los consideraban espías ingleses. La salud de Ana había mejorado mucho, pero su estado aún era delicado.

A medida que Inglaterra iba ganando la guerra, la ira contra los misioneros empeoraba. El 23 de mayo de 1824, Rangún fue tomada por los ingleses, y eso no ayudó la condición de los extranjeros en Ava. El 8 de junio de 1824, el rey ordenó el arresto de Adoniram y otros extranjeros. Los metieron en la Cárcel de la Muerte, un lugar espantoso por el calor, la falta de aire, la presencia de alimañas e insectos y un mal olor terrible. Ana trató de obtener ayuda del gobernador para su esposo, pero no la consi-

guió. Pudo salvar el valioso manuscrito del Nuevo Testamento enterrándolo en el jardín; después lo escondió en una almohada que pudo pasarle secretamente a Adoniram en la cárcel.

Para 1825, Ana se dio cuenta que ya no podría continuar sus visitas a la cárcel, porque esperaba otro bebé. En enero de 1825, dio a luz a una niña, María Elizabeth. Tras unos días, Ana llevó a la pequeña a la cárcel a ver a su papá. Luego, llevando a su hijita, siguió visitando a quienes podía con la esperanza de obtener la libertad de Adoniram. Sus esfuerzos lo libraron de la muerte varias veces, porque cuando llegaba una orden para ejecutarlo, no lo hacían debido a su gestión a favor de él. Vivir siempre en inminente peligro no era fácil. Sabía que en cualquier momento podía enterarse de que su esposo había muerto.

Después, el 2 de mayo de 1825, trasladaron a Adoniram a otro lugar. Cuando Ana llegó a la cárcel, no estaba él y le fue imposible averiguar a dónde lo habían llevado. Finalmente, supo que los prisioneros habían sido llevados a Amarapoora. Ella cayó en una profunda depresión; le pareció haber llegado al peor momento de horror. En su desaliento, decidió ir a Amarapoora, llevando hacia lo desconocido a la pequeña María, que tenía apenas tres meses.

A la mañana siguiente, Ana emprendió su camino. En una carreta, soportó el doloroso trayecto por caminos polvorientos. Cuando llegó a su destino, se encontró con la cárcel más horrible que había visto en su vida; ¡aún peor que la cárcel anterior! Pero había logrado su objetivo: había hallado a Adoniram.

Uno de los carceleros le dio a regañadientes un lugar para quedarse: una bodega sucia, sin ninguna comodidad, ni siquiera una silla. Aquel fue su hogar durante seis meses. Ana soportó esto, y luchó consiguiendo comida para ella, su hijita y su esposo. Ella y la pequeña no estaban bien, y Adoniram estaba cerca de la muerte y con los pies destrozados.

El 5 de noviembre, la terrible experiencia llegó a su fin. La guerra había terminado y Adoniram fue puesto en libertad. Ana volvió a su casa, pero sin Adoniram, porque le habían ordenado servir como traductor para redactar un tratado de paz entre Birmania e Inglaterra. Aunque estaba enfermo con fiebre, viajó río arriba durante seis semanas, alejándose una vez más de su amada esposa y la pequeña María.

Por falta de comunicación, durante semanas en que estuvo traduciendo, Adoniram no supo nada de Ana y María; y Ana no supo nada de él. Al poco tiempo, ella contrajo fiebre maculosa. Por un tiempo estuvo in-

consciente. El doctor Price, uno de los misioneros, salió de la cárcel en ese momento. Regresó para atenderla y ella recobró el conocimiento. Su fiebre había durado diecisiete días.

Cuando Adoniram regresó, se fueron al campamento militar británico en Yandabo. El 24 de febrero se firmó el tratado de paz entre Birmania e Inglaterra. En marzo, la familia viajó a Rangún. Allí, la obra era un caos, el edificio estaba en ruinas y la pequeña congregación dispersada. Volvieron a empezar, pero no en Rangún, sino en Amhurst. El costo de la guerra había sido enorme, mas esperaban volver a la obra.

Tras asentarse en Amhurst, Adoniram una vez más tuvo que partir para colaborar en las negociaciones de paz. Esta vez él pensaba que estaría ausente de su familia solo semanas, que en realidad resultaron ser siete u ocho meses. Luego, el 24 de noviembre, recibió una carta que él creyó le traía la noticia de la muerte de su hija. Rápidamente, él abrió el sobre y leyó:

«Apreciado señor, para alguien que ha sufrido tanto y con una fortaleza tan ejemplar, no se necesita un prefacio para dar una mala nueva. Sería cruel torturarlo con la duda y el suspenso. Para resumir la triste noticia en pocas palabras: la señora Judson ha muerto». Sin saberlo él, Ana había fallecido un mes antes, el 24 de

octubre, a los treinta y siete años. La noticia tardó un mes, y su cuerpo ya estaba sepultado.

Adoniram lloró inconsolablemente por aquel golpe. Luego, escribió a la madre de Ana: «Su mente se vio muy afectada en los últimos días, y hablaba poco. A menudo, ella se quejaba: Adoniram y los misioneros nuevos tardan en venir. Tengo que morir sola y dejar a mi pequeñita; pero como es la voluntad de Dios, me rindo a ella. No tengo miedo a la muerte, pero temo que no podré soportar los dolores. Díganle a mi esposo que la enfermedad fue violenta, y yo no podía escribir; cuéntenle como sufrí y morí».

«Los últimos días, permaneció casi inconsciente e inmóvil, recostada, con los ojos cerrados. A las ocho de la noche, dejó de respirar. ¡Con cuánta humildad, paciencia y fortaleza cristiana soportó esos dolores! Es cierto, ha sido arrancada del corazón quebrantado de su esposo y de su querida hija; pero la sabiduría y el amor infinito han primado como siempre en la administración de este dolor tan grande».

Después, en abril de 1827, a los seis meses de la muerte de su madre, María se reunió con ella en la muerte, a la edad de dos años y tres meses, habiendo conocido poco más que el sufrimiento físico.

En diciembre de 1827, Adoniram escribió a su familia y a la de Ana: «La muerte se ríe de nosotros, y aplasta en el polvo nuestras esperanzas. Tirana atroz, hija y aliada del pecado. Pero sigue por ahora. Tu hora vendrá. El último enemigo a ser destruido es la muerte. Y entonces mi Ana angelical, y mi Roger humilde de ojos azules, y mi tierna María, y mi padre venerado, ustedes mis queridas hermanas que aún permanecen, nuestros padres que aún están en este mundo, y yo, aunque no lo merezco, seremos rescatados del poder de la muerte. Y cuando recibamos la corona de vida, y sepamos con seguridad que no volveremos a morir, haremos que los cielos se llenen de cantos de alabanza a él, quien nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre. Y en aquel encuentro en el cielo, seremos felices y alabaremos para siempre a Aquel que soportó la cruz para usar y conferir tal corona!».

Conclusión

Ana Judson, junto con su esposo, fundó la iglesia birmana. Sus esfuerzos inagotables salvaron la vida de él durante el tiempo de guerra. Unidos,

ambos avivaron el fuego de las misiones e inspiraron a miles a seguirles en diversos campos misioneros alrededor del mundo. Los escritos de Ana son un ejemplo de profunda consagración y devoción a Cristo. Su convicción de la soberanía de Dios, su comprensión de la necesidad de una fe centrada en Dios, su total dependencia de la palabra de Dios y su fe que venció cada desaliento... estas son las características de Ana Judson.

Un escritor resume su vida así: «Fue una mujer que amó mucho: amó a su esposo, amó a sus hijos, amó al pueblo birmano, pero sobre todo, amó a su Dios».

Ana Judson fue una mujer en cuyo corazón ardían la gracia y el amor de Dios. ¿Podría haber sido tan consagrada sin esa realidad? ¿Podría haber sufrido sin ese poder? ¿Podría haber continuado bajo circunstancias tan terribles sin el poder de Dios? ¿Y no es esto lo que necesitan nuestros corazones y nuestras vidas en todo el mundo? ¡Arde en mí, fuego de Dios! Sea hoy esa oración también la nuestra.

© Copyright 2012 Chapel Library.

No temas

Cuando Julio César cruzaba el Mar Adriático en una pequeña embarcación, el barquero estaba lleno de temor, debido al mar tormentoso. El emperador, al ver la preocupación del hombre, exclamó: «¡No temas! ¡Llevas al César a bordo!». Con mayor razón, nosotros podemos decir: «*Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?*» (Rom. 8:31).

Un modo de pensar y sentir que continúa afectando y moldeando la cultura occidental.

¿Qué es el postmodernismo?

Paul Copan

En uno de sus diálogos, Platón citó al pensador Protágoras, diciendo que cualquier cosa «es para mí lo que a mí me parece, y para ti lo que a ti te parece»¹. Esto suena muy contemporáneo. Escuchamos lemas que declaran «eso es verdad para ti, pero no para mí» o «esa es solo tu perspectiva». Estas frases reflejan el modo de sentir postmodernista que continúa afectando y moldeando la cultura occidental.

¿Cómo descendió el postmodernismo a nuestra civilización? ¿Qué es el postmodernismo? ¿Cuáles son las características que lo definen? Discutiremos brevemente estas preguntas y algunas otras cosas.

¿Cómo surgió el postmodernismo?

Claro, el término postmodernismo presupone una era que lo precedió: el modernismo. Pero debemos entender también que el modernismo fue una reacción al pre-modernismo.

Pre-modernismo: Antes del siglo XV, los occidentales creían que Dios (o lo trascendente, o el reino sobrenatural) era la base de los conceptos morales absolutos, la racionalidad, la dignidad humana y la verdad. Como lo expresó el célebre teólogo cristiano Anselmo (n. 1033 d.C.) que dijo: «Creo para entender» (*credo ut intelligam*). Él hablaba de una «fe que buscaba entendimiento» (*fides quaerens intellectum*). Es decir, el punto de partida hacia el conocimiento y la sabiduría era Dios, quien proporcionaba el lente con la que uno podía interpretar adecuadamente la realidad y la experiencia humana. Teniendo fe en Dios, el mundo podía entenderse correctamente.

Modernismo: Luego llegó el filósofo René Descartes (1596-1650). Como católico romano, le preocupaba el escepticismo filosófico y la incertidumbre teológica de su tiempo, debida a la reforma protestante. Así que

se embarcó en un «viaje escéptico» en busca del conocimiento absolutamente verdadero. Como parte de su proyecto, decidió dudar de todo: Tal vez un genio malicioso estaba jugando con su mente... o tal vez todo era una ilusión. Pero concluyó que por lo menos sabía que estaba dudando, lo cual es una forma de pensamiento. Su conclusión: «Pienso, luego existo» (lat., *cogito, ergo sum*). Así que sin darse cuenta, el proyecto de Descartes sacó a Dios del centro del escenario y lo reemplazó por el pensador humano como punto de partida. El efecto sería trascendente.

El racionalismo de la Ilustración europea (1650-1800) reflejó este cambio. Este período se caracterizó por su optimismo hacia el potencial y la razón humanos, pero también por su escepticismo hacia la autoridad de la iglesia y la doctrina cristiana (*dogma*).

Este fue solo uno de muchos proyectos modernistas que asumían que la dignidad humana, la verdad y la razón podían conservarse sin Dios. Además del racionalismo y su énfasis en la razón, estaban el romanticismo, y su énfasis en el sentimiento, el nacional socialismo y otros esquemas utópicos que buscaban eliminar a Dios como punto de partida del entendimiento y el vivir. La visión judeocristiana del mundo, que había influenciado profundamente a occidente, ahora estaba siendo desafiada.

Postmodernismo: Luego de dos guerras mundiales, un clima postmodernista empezó a impregnar a occidente. La confianza en el progreso y la autonomía humana se estrelló contra las rocas de Auschwitz y los gulags soviéticos. Sistemas o «grandes historias» (*metarrelatos*) como el totalitarismo, el cientificismo o el racionalismo terminaron por oprimir "al otro", es decir, a los judíos, a los capitalistas, etc. Dichos sistemas resultaron ser un total fracaso. Así que con el postmodernismo no solo Dios fue excluido como el fundamento que da sentido a la realidad y la experiencia humanas; no podemos hablar de ninguna realidad, razón o moralidad universales. Lo único que tenemos son perspectivas fragmentadas.

Si la revolución francesa y la toma de la Bastilla en París (1789) son la imagen del cambio hacia el modernismo, la caída del muro de Berlín, exactamente doscientos años después (1989), simboliza el fracaso del modernismo y el surgimiento del postmodernismo.

¿Qué es el postmodernismo?

En una famosa declaración del fin del modernismo, simbolizado por Auschwitz, el postmodernista francés Jean-François Lyotard preguntó: «¿Después de los metarrelatos, dónde puede residir la legitimidad?» Entonces, ¿qué es el post modernismo?

«Simplificando hasta el extremo, yo defino lo postmoderno como la incredulidad hacia los metarrelatos»².

Es decir, el postmodernismo es profundamente escéptico (o receloso) hacia los grandes sistemas o historias explicativos. También critica todo criterio que proclame ser neutral, imparcial o racional.

El filósofo cristiano Merold Westphal observa que el modernismo se caracterizaba por la búsqueda de: a. La certeza absoluta (piense en Descartes); b. El totalismo, ese sistema «todo-incluyente» (metarrelato)³.

Los modernistas intentaron crear «grandes historias» –sin referencia a Dios– sobre las cuales fundamentar la dignidad humana, la libertad, la moralidad y el progreso.

Mientras que el modernismo buscaba sistemas totalizantes y una certeza absoluta, el postmodernismo ahora los pone en duda de dos maneras. Para contrarrestar el totalismo, el postmodernismo asevera que frecuentemente utilizamos la «razón» para buscar el cumplimiento de nuestros intereses y deseos; la «verdad» es cualquier cosa que fomente mi voluntad o intereses (o los de mi grupo). Hay una «agenda política» en cualquier cosa que declaremos como verdad. El conocimiento no es neutral (esta observación utiliza la «hermenéutica de la sospecha»). En res-

puesta a la certeza imparcial, el postmodernismo enfatiza que nuestras ideas y juicios están incrustados en un contexto histórico-cultural; así que nunca podemos salirnos totalmente de dicho contexto por pura reflexión. (A esto se le ha llamado la «hermenéutica de la finitud»⁴).

Características del postmodernismo

Echaremos un vistazo solo a algunas de las principales características del pensamiento postmodernista.

Antidualista: Los post modernistas aseveran que la filosofía occidental creó dualismos (falso/verdadero, bueno/malo) y así excluyó del pensamiento ciertas perspectivas. Por otro lado, el postmodernismo valora y promueve el pluralismo y la diversidad (más que negro contra blanco, occidente contra oriente, hombre contra mujer). Asegura buscar los intereses de «los otros» (los marginados y oprimidos por las ideologías modernistas y las estructuras políticas y sociales que las apoyaban).

Cuestiona los textos: Los post modernistas también afirman que los textos históricos, literarios o de cualquier otro tipo no tienen autoridad u objetividad inherente para revelar la intención del autor, ni pueden decirnos «que sucedió en realidad». Más bien, estos textos reflejan los prejuicios, cultura y época particulares del escritor. El historiador australiano

Los cristianos deben sospechar de ciertas posturas modernistas y su supuesta certeza científica o filosófica.

Keith Windschuttle ha hecho notar que durante los últimos 2400 años, los críticos asumieron que la verdad estaba todavía al alcance del historiador, pero «los nuevos teóricos que dominan las humanidades y las ciencias sociales aseveran que es totalmente imposible decir la verdad acerca del pasado o utilizar la historia para producir conocimiento objetivo en cualquier sentido»⁵.

El giro lingüístico: El postmodernismo argumenta que el lenguaje moldea nuestro pensamiento y que no puede haber ningún pensamiento sin lenguaje. Así que el lenguaje crea literalmente la verdad. Como Richard Rorty argumenta: «Donde no hay discurso, no hay verdad»⁶. Así que la verdad se crea y no se descubre. Friedrich Nietzsche argumentaba: «No hay hechos eternos, así como no hay verdades absolutas»⁷.

La verdad como perspectiva: Además, la verdad es cuestión de perspectiva o contexto más que ser algo universal. No tenemos acceso a la realidad o a la forma en que son las cosas, sino solamente a lo que nos

parece a nosotros. Como no podemos salirnos de nuestro contexto para tener la «perspectiva de Dios» acerca de las cosas, debemos aceptar que nuestro pensamiento está moldeado por fuerzas que están más allá de nuestro control. Somos como Truman Burbank en *The Truman Show*. Sin saberlo, él es la estrella de una producción en un ambiente controlado («seaheaven»), donde 5,000 cámaras vigilan cada uno de sus movimientos; todos, excepto Truman, están actuando. Similarmente, nosotros nos encontramos con que somos lanzados a un contexto, sin forma de escapar de él.

Por supuesto, podemos agradecer muchas de las críticas del postmodernismo al modernismo. El postmodernismo plantea importantes preguntas con respecto a las genuinas limitaciones del hombre o sus prejuicios y a la postura problemática de tener que creer solamente lo que sea absolutamente seguro. Pero en muchos aspectos, el postmodernismo plantea preguntas conflictivas y profundas contradicciones: ¿cómo puede alguien negar la verdad universal sin afirmarla de alguna manera, por ejemplo al decir: «¿Es universalmente cierto que no existe la verdad?»? ¿Acaso no sería un hecho universal el que no hubiera hechos universales? ¿Acaso la postura de que «todo es cuestión de perspectiva» no intenta más que afirmar la perspectiva de

alguien? ¿Acaso quienes ponen en duda que podamos conocer las intenciones del autor no están expresando por escrito sus propias intenciones muy particulares? ¿Acaso el rechazo de los metarrelatos o grandes historias no es un tipo de metarrelato en sí mismo?

Ahora veremos qué lecciones podemos aprender de los postmodernistas, cuáles son los problemas del pensamiento postmodernista y cómo comunicar a ellos nuestra fe con mayor eficacia.

Lecciones que aprender de los postmodernistas

¿Qué lecciones podemos aprender de los postmodernistas y qué conexiones podemos hacer con ellos?

a. Los cristianos deben sospechar de ciertas posturas modernistas y su supuesta certeza científica o filosófica.

Estamos limitados, «vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo» y «[conocemos] de manera imperfecta» (1 Cor. 13:12, NVI). Mucho de lo que sabemos es o probable, altamente probable o plausible - no 100% seguro- pero eso no significa que no sepamos verdaderamente las cosas. Lo único que necesitamos es ser un poco más modestos al decir que sabemos algo.

b. Los cristianos debemos reconocer que todos tenemos prejuicios y que estamos limitados por nuestro lugar

en la historia y nuestra cultura. El pensamiento modernista enfatiza que el conocimiento y la razón son imparciales y neutrales. El postmodernismo debe llevar a los cristianos a ser más humildes. Debemos darnos cuenta de nuestros prejuicios, perspectivas (que no son erróneas en sí mismas) y nuestra tendencia al autoengaño. Cuando nos demos cuenta de estar equivocados, debemos alinear nuestra vida con la realidad de las cosas. Ahora bien, si alguien negara que existe la perspectiva de Dios, sería un ateo o anti-teísta de algún tipo. Pero si Dios existe, entonces existe la perspectiva de Dios de las cosas y puede ser que Dios haya revelado parte de esta perspectiva de las cosas a los seres humanos, para que pudieran conocerlas en realidad.

c. El postmodernismo ve correctamente el peligro de las utopías optimistas; los postmodernistas nos recuerdan nuestra gran capacidad de fallar (los cristianos incluirían aquí la palabra "pecado"), así como de oprimir "al otro". Los humanos tenemos la tendencia a engañarnos a nosotros mismos y racionalizar las cosas. Nuestra profunda naturaleza pecaminosa evita que podamos lograr utopías en la tierra. Debemos ser constantemente autocríticos y recelosos de valores que se opongan al reino de Dios, los cuales pueden introducirse fácilmente en nuestra mente. Sin embargo, nuestro cedazo interpretativo central

(hermenéutico) no debe ser de sospecha, sino de confianza y caridad, y que afine nuestra relación con Dios y con los demás.

d. Debemos apreciar la diversidad cultural y étnica (más que tratar a la gente como "los otros") y mostrar mucha gracia hacia los no cristianos, ya que nosotros mismos hemos sido salvados por la gracia de Dios. El colonialismo, la opresión y la esclavitud no siguen al cristianismo. La Biblia expresa sensibilidad hacia los débiles, los oprimidos y los que sufren, como es el caso de los huérfanos, viudas y extranjeros. Dios mismo sufre con nosotros (ver Mat. 25:31-46; Hch. 9:4).

Los cristianos deben mostrar que su «gran historia» es plausible y no inherentemente opresiva; por el contrario, somos creados por Dios para prosperar cuando nos relacionamos correctamente con él y con los demás. Como somos depositarios de la gracia de Dios, no tenemos derecho a pensar que somos superiores a los no cristianos. Además, el cristianismo tiene su parte de diversidad en la expresión de la fe (p. ej., note la diversidad existente entre la iglesia cristiana de los Amish y la iglesia copta de Egipto).

Problemas del postmodernismo

A pesar de tener ciertas áreas de concordancia con el postmodernismo,

los cristianos deben ser críticos respecto a algunos de sus supuestos.

a. La mayoría de los filósofos postmodernistas dan sencillamente por hecho el ateísmo en lugar de apoyarlo con razonamientos. Estos herederos intelectuales de Friedrich Nietzsche y Jean-Paul Sartre tienen una orientación teológica predominantemente negativa, y parecen estar contentos con la idea de permanecer en su postura.

Además, muchos de estos pensadores dan un salto ilegítimo desde la simple pregunta de si es posible hablar de Dios hasta la completa negación de su existencia.¹ Dado el impresionante resurgimiento del teísmo y los argumentos a favor de la existencia de Dios a lo largo de los últimos cuarenta años, tal suposición es aún más alarmante.

b. Debe quedar expuesta la tendencia de los postmodernistas a sustituir sin más ni más un sistema, o metarrelato, por otro. El postmodernismo rechaza o sospecha de cualquier gran historia con la que podamos dar sentido a nuestra experiencia y realidad. El postmodernismo da lugar a muchos minirrelatos o perspectivas filosóficas de individuos o culturas, pero eso es todo. Sin embargo, este rechazo a los metarrelatos se refuta a sí mismo: tenemos una gran historia totalizante que intenta dar sentido o interpretación a toda la rea-

lidad de la experiencia humana en la forma de relatos menores: ¡es una gran historia que niega las grandes historias!2

Así que debemos preguntar a quienes dicen que no hay una gran historia: «¿No es esa misma una gran historia, no solo mi historia individual?» Preguntemos a los que niegan que podamos tener acceso a la realidad: «¿Cómo puedes saber que no podemos tener acceso a la realidad a menos que tú mismo tengas acceso a ella para que puedas comunicarla al resto de nosotros?» ¿Y qué hay de los que dicen: «Todo es cuestión de perspectiva»? ¿Acaso no es ésa su perspectiva? Si lo es, entonces es trivial (es solo una entre muchas); si no lo es, entonces se refuta a sí misma, ya que viene a constituirse en una declaración universal abrumadora que se aplica a todas las personas y culturas. Lo mismo pasa con quienes afirman que no hay hechos (solo interpretaciones); que nosotros moldeamos nuestra propia realidad; que no hay intención objetiva del autor; que el lenguaje evita que tengamos acceso a la realidad, etc.

El filósofo de Princeton, Diógenes Allen hace notar la manera en que el postmodernismo frecuentemente exhibe una certeza dogmática acerca de la incertidumbre: «la única forma en que puede sostener su perspectiva de la vida humana y del uni-

verso es olvidar que las limitaciones que encadenan a otros a un tiempo y lugar también se aplican a sí mismo».3

c. Podemos tener conocimiento objetivo, aunque no estemos completamente seguros. Aunque tenemos limitaciones, podemos saber cosas verdaderas para toda la gente. Muchas personas piensan (siguiendo a René Descartes) que el conocimiento exige un cien por ciento de certeza.

Esto implica que si no sabemos con absoluta certeza, entonces estamos atascados en el lodazal del escepticismo.

Sin embargo, hay cosas que podemos saber con confianza, aunque no sean cien por ciento seguras. ¿Se está expandiendo el universo? Sí. ¿Sé esto? Sí. ¿Estoy cien por ciento seguro? No. Pero, ¿por qué pensar que tengo que estarlo? Puede haber grados de conocimiento que incluyan lo probable o lo plausible, lo altamente probable y no solamente lo seguro. Además, ¿cómo puede saber una persona con un cien por ciento de seguridad que el conocimiento exige un cien por ciento de certeza? Simplemente no es tan obvio.

Como cristianos, debemos mantener la postura de que nuestra fe hace un mejor trabajo que otras alternativas al contestar las preguntas más impor-

tantes de la vida. Es la mejor explicación y es más plausible que sus rivales. Sí debemos escuchar bien a quienes tienen una perspectiva diferente y admitir que no tenemos todas las respuestas; nuestro entendimiento necesita corrección conforme pasamos por la vida.

Sin embargo, esto no debe evitar que señalemos que la fe cristiana realmente hace el mejor trabajo en explicar de dónde provienen el universo, la vida, la conciencia, los valores morales objetivos y los derechos humanos así como en contestar las principales preguntas acerca del propósito y el significado.

¿Tenemos limitaciones y prejuicios? Sí, por supuesto. Debemos estar listos para aceptarlo. ¿Significa esto que no podemos tener un conocimiento legítimo? Para nada. Tenemos un conocimiento limitado. ¡Quienes aseguran que no podemos saber suponen que saben que no podemos saber!

En resumen, no podemos negar la verdad, el conocimiento ni la objetividad sin afirmarlos con nuestras negaciones. Por ejemplo, decir que no hay una verdad universal es declarar una verdad universal. Cada uno de nosotros afirma algún tipo de metarrelato o gran historia para explicar cómo funcionan las cosas. La verdadera pregunta es: ¿Cuál metarrelato hace mejor el trabajo?

Cómo comunicar nuestra fe a los postmodernistas

a. Comunicar con autenticidad y con relaciones, viviendo genuinamente de acuerdo a la verdad. Aunque no son perfectos, los cristianos deben ser sinceros en sus luchas. También pueden mostrar la forma en que su visión del mundo —con el poder de Cristo y el respaldo que nos brindan los hermanos en comunión— puede ayudar a las personas a reafirmar estos puntos. Os Guinness dice que la fragmentación de nuestro mundo cada vez más postmoderno trae «más momentos de verdad a la vida de la gente que nunca antes», permitiendo «enormes oportunidades para presentar el evangelio».⁴

b. Comunicar respuestas con sabiduría, amor y simpatía, teniendo en mente los problemas personales subyacentes que con frecuencia presentan barreras. Es importante dar buenas respuestas «con mansedumbre y reverencia» (1 P. 3:15, LBLA), pero también con sabiduría. Detrás de buena parte del pensamiento postmodernista hay un escape de Dios, cuya existencia tiene tremendas implicaciones sobre nuestra forma de vivir. Incluso el filósofo ateo John Searle acepta que hay «una razón mucho más profunda para la persistente atracción de todas las formas de anti-realismo» tales como el relativismo y el perspectivismo: «sa-

tisface un afán de poder. Sólo que parece demasiado molesto, de alguna forma, tener que estar a merced del ‘mundo real’». ⁵

Debemos preguntar a los postmodernistas si les gustaría que existiera Dios o si querrían que Jesús fuera la revelación de Dios hacia nosotros.

c. Viva una vida de fe activa y práctica. Los postmodernistas quieren ver una fe activa, no la mera posesión de conocimientos teóricos. Debemos volver a enfatizar el impulso teológico de Santiago (una fe que trabaja) para equilibrar el énfasis exagerado (y mal entendido) sobre la doctrina de la salvación independiente de las obras de Pablo. Este apóstol mismo junta la fe y las obras en Efesios 2:8-10, 1 Tesalonicenses 1:3 y Tito 2:11-14: la fe salvadora genuina (por la gracia de Dios) produce buenas obras.

Notas

1 Merold Westphal (en la ed. William J. Wainwright, *God, Philosophy, and Academic Culture* [Dios, Filosofía y Cultura Académica] (Atlanta: Scholar's Press, 1996), p. 25.

2 Este argumento es utilizado repetidamente en «Postmodernismo», de Steven Best y Douglas Kellner, en *The Blackwell Guide to Continental Philosophy* [La Guía Blackwell para la Filosofía Continental], eds. Robert C. Salomon y David Sherman (Malden, MA: Blackwell, 2003), pp. 285-308.

3 «Christianity and the Creed of Postmodernism» [Cristianismo y el Credo del Postmodernismo], *Christian Scholar's Review* 23 (dic. 1993): p. 123.

4 Entrevista con Os Guinness, et al., «When Foundations Tremble» [Cuando los Cimientos Tiemblan], *Liderazgo* (primavera 1993), p. 136.

5 John R. Searle, *Mind, Language and Society: Philosophy in the Real World* [Mente, Lengua y Sociedad: La Filosofía en el Mundo Real] (Nueva York: Basic, 1998), p. 17.

Fuente: *North American Mission Board*
<https://www.namb.net/apologetics-blog/que-es-el-postmodernismo/>

La talla del diamante

Los diamantes son piedras preciosas cuyo tamaño, forma y tipo varían de unos a otros. Son escasos y muy costosos, pero todos tienen que ser trabajados por un artesano, el diamantista, quien los talla y luego los pule. Este trabajo exige una gran precisión y requiere mucho tiempo y paciencia. El diamantista es un verdadero artesano.

El valor de un diamante aumenta de manera considerable si está hábilmente tallado según las normas. El ángulo de cada una de sus caras tiene que estar muy bien calculado para incrementar su brillo, pues cada cara reflejará la luz dando un resplandor maravilloso. Dios actúa de la misma manera con nosotros, trabajando con precisión y paciencia. ¡Y eso nos duele! Pero no olvidemos que la mano que mueve la herramienta es la de nuestro Padre, el gran artífice. Él hará de cada uno de nosotros piedras preciosas que reflejen las virtudes de Cristo.

LBS

Cartas de nuestros lectores

Lectura familiar

Mi familia y yo estamos muy agradecidos al Señor por la posibilidad de tener su revista en nuestro hogar, muchas veces he estado en alguna situación, y ha llegado la revista en medio de ella, leerla ha traído en varias ocasiones una Palabra de Dios exacta y específica para ese momento. Gracias por su esfuerzo.

William Bermúdez (Cuba).

Claridad de la Palabra

Cada trimestre su revista llega a mis manos. En casa la recibimos con mucho gozo por la claridad de la Palabra que en ella aprendemos. Tratamos siempre de compartir con otros las riquezas de Cristo que en ella nos son reveladas. Por favor sigan enviándola. Aquí les extrañamos mucho. El Señor les continúe bendiciendo.

Jasnira Contreras Morejón (Cuba).

Caudal de riquezas

La revista Aguas Vivas es siempre de gran bendición, un caudal de riquezas de la Palabra, dignas de ser atesoradas. Agradezco mucho la traducción de clásicos y predicaciones de hermanos de otras hablas, que de otro modo son de difícil acceso. Les animamos a continuar este ben-

decido ministerio, y rogamos a Dios que siga abriendo sus tesoros por medio del mismo, para la edificación de Su pueblo, y que conceda los recursos necesarios para proseguir este servicio. ¡Gracias a Dios y a los hermanos!

Plácido Ferrándiz (España).

Pan del cielo

Gracia y paz hermano Mario. Por la gracia del Señor hemos recibido la revista Aguas Vivas. Gracias por poner en nuestras manos este material que abunda en pan del cielo para alimentar a sus hijos. Saludos fraternos y gratos recuerdos a todos. Gracias y el Señor les recompense.

Carlos Raigosa (Venezuela).

Recompensa

Que la paz del Altísimo esté sobre ustedes. Le escribo primeramente para felicitar a todos los hermanos que componen la excelente revista Aguas Vivas. Su contenido es de mucha bendición para mi vida y ministerio. Sigán así adelante. Dios tiene una gran recompensa para todos aquellos que trabajan para extender su Reino y también aprender en Su gracia y conocimiento.

Juan Antonio Cáceres (Argentina).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 92 · Octubre - Noviembre - Diciembre 2018.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras. FOTO DE PORTADA: Daniel López.